

BIBLIOTECA DE LUZ DEL ALMA

EL NIÑO EXPÓSITO

Novela escrita por el reporter

DE

LUZ DEL ALMA



BUENOS AIRES

Imprenta de LUZ DEL ALMA, Montevideo 658

1887

EL NIÑO EXPÓSITO

Novela escrita por el reporter

DE

LUZ DEL ALMA



BUENOS AIRES

Imprenta de LUZ DEL ALMA, Montevideo 658

—
1887



AL LECTOR

El interés que han despertado en muchos de nuestros lectores las diferentes novelas y cuentos que hemos publicado en nuestro semanario, nos han animado á hacer un nuevo tiraje de ellas corregido y aumentado, principiando por EL NIÑO EXPÓSITO.

De este modo conseguiremos propagar una doctrina llena de verdad, facilitando su conocimiento con el interés que ofrece la trama de la novela, tendiendo así á destruir los errores que ofrecen las diversas sectas que han vulnerado por completo las palabras de Jesús.

Si alcanzamos este fin quedarán colmados nuestros deseos.

R.



CAPÍTULO I

El dolor de una madre

POR una anchurosa calle de la coronada villa con sus dos filas de sauces llorones, que le daban cierto atractivo y hasta parecía sentirse un aire purísimo, corría en pendiente rápida un coche de plaza ó simón, como hay muchos, conteniendo el auriga con su férreo brazo el fogoso y poco comun impulso de sus caballos.

Es posible que alguno hubiera creído que estos iban desbocados, al fijar su atención en la semifogosidad de animales generalmente rendidos por el trabajo.

Sin duda su carga seria pequeña, cuando tan veloces partían, ó bien debido á su continuado descanso.

Como es consiguiente se desprendían una serie de chispas de fuego al fuerte roce y choque de sus herraduras con el duro granito del adoquín, apareciendo más brillantes con la oscuridad de la noche.

De todos modos no merece mayores consideraciones la problemática fogosidad de aquellos *cuadrúpedos*, ni las causas que les impulsara á ello.

Era ya de noche.

La luna arrojaba sus pálidos rayos plateados que al sol debiera, dando á la edificación un colorido especial, casi fosforescente.

En las casas se marcaba con dureza y oscuramente las sombras arrojadas por sus molduras y obras salientes, sin que en sus frentes se sintiera el cambio de la luz á la sombra por medio de la penumbra, de las que era origen la Luua.

El carruaje había cruzado, ó diríase mejor, recorrido toda la pendiente de calle hasta su afluencia á una gran plaza con sus elegantes jardines, y el cochero, ya instruido con su práctica mano, condujo á sus caballos, más apaciguados, á la derecha para entrar en una estrecha calle llamada de los Expósitos.

Poco momentos despues se detenía ante la voz femenil que partió de su interior diciendo:

—“Alto cochero.”

Aquel era el punto donde debían apearse, en cuyo porton había un letrero que decía “CASA DE EXPÓSITOS” la que á la vez daba nombre á la calle.

Su frente tendría unas cien ó ciento veinte varas de extensión.

Nada de notable ofrecía aquella casa en el orden arquitectónico que mereciera describirse. Su aspecto, ántes por el contrario parecía ser el de un edificio antiguo de ventanas anchas y de poca elevación con su sólo portón al frente, sobre el que se elevaba una torre de mal gusto.

Casi al arranque de la que queria ser la cúpula habia un relój iluminado, que en aquel momento marcaba las ocho y cuarto.

El porton por su mal decorado parecia tener el caracter de una pobre Iglesia.

A pesar del modesto aspecto que su fachada ofrecía, aquel edificio, de puertas sólidas y talla tosca sobre viejo roble, quien hubiera visitado su interior y sus salones habría encontrado en ellos no sólo órden y limpieza sino todas las condiciones de higiene para asilos de esta índole en lo tocante á caldeamiento y ventilación.

Si alguna vez el lector ha asistido á estos asilos, de seguro habrá sentido impresiones distintas.

El espíritu cristiano no pude menos de sentirse afligido y satisfecho á la par, afligido al ver que aún se registran en la sociedad madres que abandonan á los seres queridos, por preocupaciones sociales, y satisfecho tambien, porque esa misma sociedad ha sabido crear esos templos de amor el más puro para el sér ino-

cente y olvidado, donde se recoge al recién nacido y tierna criatura que la madre despiadada, condolidada, que pretende ocultar su falta, y por fin que se halla rodeada por la miseria, todas con esperanza, entregan su hijo amado, joya idolatrada á esos asilos del mas puro cristianismo.

Mas volvamos la vista á los personajes que se hallaban en el coche.

Este se había parado unas diez varas del grande y único portón de entrada, al frente de una ventanilla sobre la que se hallaba la imagen de la virgen de los desamparados, iluminada por una no muy limpia farola.

Quien se hubiera aproximado al coche habría sentido fácilmente el llanto y amarga pena de una madre.

—Angela, me muero; créi que podría soportar con valor este paso, pero paréceme que se parte mi corazón. ¡Hijo de mi alma, con qué estrella vienes al mundo...!

Y aun me miras con amor...!

Mátame con tu mirada... hijo de mi vida

Niégame el nombre de madre cuando tengas conocimiento... ¡Ah!

—No te congoces mi amiga Anita. Quién sabe si pronto podrás realizar tus buenos deseos!

—No puedo más... Demos fin á esta escena. Hi...jo...m...í...o...! Y sonríes sin comprender que tu misma madre te...abandona...

Soy una criminal.

!Ah!.....

—Vamos . . . valor mi amiga.

Animo querida mia.

—Adios.

.....

El lector habrá comprendido desde ahora que eran dos las actoras de aquella escena, madre y amiga las que iban á depositar en la casa de expósitos al hijo de la llamada Anita.

Angela; su amiga, no tardó un segundo en bajar del coche y tomar con sus brazos la ligera carga que iba á depositar. Esta era nada ménos que un precioso niño de un mes y medio de edad, el cual se hallaba envuelto en ricas telas, y tan tierna carga se hallaba encerrada en una cestita de finos mimbres.

Erase una preciosa canastilla, y ya iba á colocarla su portadora Angela en el torno, cuando impetuosamente se arroja del coche la desolada madre, y vuelve á llenar de lágrimas y besos á su hijo.

—¡Hijo.... hijo de mi alma! Tú quieres decirme algo con tus sonrisas! ¡Ah, yo me muero.....!

Yo te adoro hijo mio.....

Y cayó desmayada....

Angela la levantó y con trabajo pudo conducirla al coche...

Un instante después sonaba una campana, cuya cuerda estaba contigua al torno, la que el pobre como el rico, el criminal como el sér más perdido, todos respetan aquel signo de llamada para las hermanas de

caridad que son las fieles guardadoras de tan inocentes séres.

Momentos después el coche volvía á tomar su camino y como si el cielo quisiera hacerse partícipe del dolor que embargaba á aquella madre, la luna palidecía envuelta entre nubes cada vez más densas que á la vez ocultaban las centellantes estrellas.

Así nadie pudo descubrir en el semblante de aquella madre el pesar que la afligia al tomar resolución tan estrema.

Sin embargo siempre queda una esperanza y Anita la alimentaba de volver un día en busca de aquel ser tan querido, por mas que se cruzan obstáculos en la marcha de nuestras existencias.

Dejemos que ruéde por calles y plazas el coche conductor de aquellos personajes, llevando estos en su pecho un agudo dolor, por resolución tan cruel.

Mas ya que el planeta Tierra es esférico, no sería de estrañar que uno ú otro día toquemos con aquella madre desnaturalizada ó digna de lástima, sin que por hoy se le dé calificado alguno, que el mismo lector lo hará mas adelante.

El sér inocente que tras lágrimas y desmayos habían dejado en el torno una madre y su amiga ó confidente, ya se hallaba en los brazos de la tornera dos minutos después de sonar la campana de *Caridad* para el desamparado.

Era una tierna criatura que la sociedad de San Vi-

cente de Paul acogía como hijo en su magnánima casa.

Ahora penetremos en ese sagrado recinto, fruto de los progresos de la sociedad, que día tras día conoce su misión en la tierra, que paso á paso ese mismo progreso le dice que él sería imposible, ó una mentira sin practicar la caridad.

Hemos cruzado el dintel de esa noble mansión para sentir todo ser pensante un cúmulo de impresiones ¡Qué de ideas no se agolpan á la mente del filósofo cuando penetra en estos recintos!

Allí hay cientos de séres inocentes, cuyo principio y fin de historia en el mismo, pero no las incidencias de la vida.

Allí hay tiernas criaturas que deben su existencia á un delito, una pasión y tantas causas . . . olvidados por el que les dió el sér.

Allí se elaboran inteligencias cuyos espíritus traen una penosa misión.

Allí, por fin, el espiritista se confirma en su verdadera doctrina y sólo él puede definir de una manera admirable el *por qué* de esas desigualdades, de esos cuadros desoladores con que aparecen al mundo millares de inocentes criaturas.

Pero tiempo nos ha de quedar para volver sobre el mismo tema, y puesto que por ahora vamos á permanecer por algún tiempo ó años en este vasto edificio para seguir paso á paso la vida infantil del nuevo expó-

sito, no estará demás hacer una prolija descripción del edificio.

Todo él no tenía más que planta baja, formando cuatro grandes rectángulos casi iguales, con su patio en el centro de cada uno.

El cuerpo ó patio posterior izquierda estaba ocupado por la comunidad de hermanas con su administración y dependencias consiguientes.

Su simétrica ala de la derecha estaba destinada á dormitorio de las amas de cría, servicios de limpieza, etc., y los dos cuerpos del frente eran los verdaderamente reservados á los niños, botica, médicos, etc., bastándonos estos ligeros detalles.

Un magnífico calorífico de aire situado bajo el piso y con conductos bien estudiados daba ventilación y caldeaba los salones más indispensables.

Ya tenemos á la virtuosa tornera, Sor Teresa, al contacto del torno, no bien sonó la campana de aviso.

Era esta hermana un ángel de virtud. Dedicada desde muy jóven al servicio de la órden, siempre habia dado pruebas inequívocas de ser un espíritu elevado.

Sin poderla llamar hermosa, era verdaderamente atrayente, y sobre todo al oír su santa palabra.

La llegada de cada expósito siempre le ocasionaba lágrimas de ternura y placer por poder prestar tan grán servicio, mas estos sentimientos llegaron á su colmo al recibo de nuestro incógnito niño.

Breves instantes estuvo contemplándolo, el que ya se

impacientaba, y ella llena de alegría sin igual tocó la campana de servicio interior, con lo que vinieron la superiora y demás hermanas disponibles, ó sin servicio alguno por el momento.

La madre del expósito, ya que abandonaba á su hijo, había querido engalanarlo de una manera amorosa, que daba un gran realce al semblante dulce de aquel angelito.

Ricas telas, todo en su elegante canasta, y rodeado de flores formaban un conjunto de atracción hácia aquel sér entregado á la caridad pública.

Pasada la primera impresión en que todas las hermanas contemplaban con amorosos ojos aquel niño, la tornera dió principio á su anotación en el libro de registro de cuanto se hallaba contenido en la cesta, observando que en ella venia un pliego cerrado, dirigido á la superiora.

Esta lo abrió y decia:

“Señora: Si cometí una falta, bien cruel ha sido mi castigo arrancándome de mi corazón ese sér querido de mi sangre y mi vida.

No sé si podré soportar con resignación este golpe, mas de todos modos suplico á Vd. que si un día mi niño sale de ese establecimiento, le entregue la adjunta carta, que hasta entónces conservará cerrada.

Que Dios premie como se merecen las dignas hermanas que dedican su vida á institución tan grande.

A.

Aquella carta impresionó honradamente á la superiora y hermanas.

Era una historia mas que habia de quedar sepultada en aquella casa.

Pero en fin pasó aquella como tantas otras impresiones que sentian en el desempeño de mi misión.

Sor Teresa en medio de varias hermanas y la misma superiora no dejaba un instante de contemplar aquella *celestial* criatura, porque así lo parecia, viéndose subyugada por una fuerza irresistible de la que no se daba cuenta.

Desde el instante que tuvo entre sus manos al inocente niño, sintió por él no sólo un cariño, sino una pasión inexplicable, sin poderse separar de él.

Mas era ya hora de dar comienzo a su alta misión de tornera, por más que el inocente sér que se hallaba á su vista parecia que no habia de sentir jamás el dolor ó las necesidades que son peculiares á la materia, ni habia de derramar una sola lágrima, como si se hallaran secas sus fuentes productoras de esa bálbula del pesar y la alegría.

La hermana Teresa abrió su grán libro de inscripción y con rapidez sin ejemplo dió fin á las notaciones

precisas; archivó cuanto llevaba el niño; púsole sus nuevas ropas de la casa; le dió sa baño, miéntras que la superiora y demás hermanas se encargaban de distraerlo con sus halagos, pero á la vez asombradas que no asomaran á sus lábios una queja, ni una lágrima á sus mejillas.

Sin embargo, tarde ó temprano tenía que suceder. La inocente criatura sintió la falta de alimento; comen-zó á inquietarle su vacío estómago y fué preciso llamar á la ama encargada por turno de su lactancia para evitar la tempestad infantil. Juana, como así se llamaba la que tal misión desempeñaba por el momento, dióle su nutrición, mientras hermanas y superiora continuan hablando ó preocupandose con el más vivo interés del recién acogido en la casa maternal.

Pensóse en buscarle una ama de las mejores, pero Juana, como todas, ya habia sentido los afectos del cariño y pidió que no se le quitara.

—Es preciso que esta criatura sea tratada con el mayor cuidado, dijo la superiora, por que hay en él un algo superior á las demás que revela ser una inteligencia privilegiada.

—Y yo digo lo mismo, señora. . . . Desde que tomé entre mis brazos, á este niño, no sé que ha pasado por mi corazón que tanto me ha interesado.

En él no veo lo que en cuantas criaturas recibimos constantemente, ni jamás me han impresionado de tal manera.

Así siguieron las hermanas conversando sobre el mismo tema, hasta que al fin volvieron á sus habituales costumbres, impelidas por el deber, y así pasaron los días y los meses desarrollándose el niño, al que se le dió el nombre de Angel.





CAPÍTULO II

La Casa Santa

LA caridad es uno de los sentimientos mas dulces y grandes que brotan del corazón humano.

Hé aquí por qué el autor del Niño Expósito ha dado el título de santa á la morada en la que se recojen á los infelices seres que al venir al mundo á llenar su misión son abandonados por los que les dieron su existencia y en esas casas encuentran el amor que les negó una madre.

Vengamos ahora con esta grata impresión á seguir en aquel hogar de caridad al protagonista de esta novela.

Nada notable aconteció al niño en su primer año

de lactancia, desenvolviéndose con gran robustez, y mostrando en su semblante los arranques de su corazón lleno de encantos. Su sonrisa no le abandonaba un instante. Diríase que su nombre era la expresión de aquel espíritu que venía al planeta Tierra á llenar su misión.

Ya habían pasado tres años y aquella santa casa seguía ejerciendo su sublime misión de caridad con el mismo interés, la misma solicitud y amor que el primer día.

La sociedad de San Vicente recibía en su seno á cuantos seres la madre desnaturalizada llevaba á depositar para olvidarlos siempre.

Angel, día por día se hacía más querido. Era por fin envidiado, pero respetado de las amas. Era, en una palabra, el hijo predilecto de la casa, sin que dejara de mencionarse á cuantos la frecuentaban, como el modelo del encanto y de un corazón lleno de esperanzas.

Dejemos ahora desarrollarse al niño para ocupar la atención sobre otro personaje de mayor edad.

Hay en las órdenes religiosas categorías distintas que cooperan á la misión á que aquellas están destinadas.

La de San Vicente de Paul, honrosa por más de un concepto, puesto que tiende á velar por el desvalido, encierra en su seno espíritus nobles, que no porque pertenezcan al catolicismo les hemos de negar la verdad de lo que son en sí.

Esto traía consigo las frecuentes visitas que recibían los hermanas de la Caridad del asilo de niños expósitos, siendo de los más asíduos visitantes don Alejo García de las Heras, persona altamente bien relacionada, de gran capital y virtudes no comunes en esa sociedad tan llena de pasiones y vicios.

Don Alejo tendría sus 54 años. Hombre robusto, de una naturaleza no gastada, manifestada en su semblante lo que sentía el espíritu.

Era persona que no podía pasar un día sin mostrar los sentimientos que resaltaban en su corazón, y feliz en tal camino le querían cuantos le hablaban.

Raro era el día que no hiciera una visita al asilo de sus amados huérfanos, que le llamaban padrino, y su presencia parecía alentar el espíritu noble de las virtuosas hermanas, apoyadas por brazo tan robusto, inteligencia tan clara y un corazón á prueba de miserias.

Don Alejo fué igualmente atraído como las hermanas por aquel ángel que tan bien llevaba su nombre, y já más un sólo día dejó de preguntar por él, sonreírle y seguir paso á paso los progresos y el desarrollo del tierno niño.

Al hacer la pintura de D. Alejo el niño tenía cuatro años, es decir que su edad era cincuenta cuando Angel fué abandonado por su madre.

El buen caballero había dejado de casarse por su amor á la caridad, sin duda para dedicar con más libertad todo su corazón al desvalido.

Un día y otro día sentía crecer en él un verdadero afecto de padre hácia aquel tierno sér, pero sin manifestar á las monjas sus propósitos nacidos de tan acendrado cariño.

Mas llegó el momento que no pudo guardar en el fondo de su pecho tal afecto y trató de dar su batalla, que había de ser ruda, nó de cañones y exterminio, sinó de fraternidad sincera.

—Mi buena superiora, dijo, tengo que comunicar á Vd. mi deseo y con tal motivo pedirle una gracia.

—Vd. dirá.

—Es el caso que hace tiempo vengo dedicando mi cariño á Angel y ya me es altamente difícil pasar sin él.

Vdes. tienen aquí con quienes compartir sus afectos, y yo sólo, sin familia, lleno de fortuna, quisiera dedicar la mía á un sér que me falta y ese espero lo sea Angel, si Vdes. me conceden este favor y salvamos esta dificultad.

(Aquí comenzó la tempestad.)

La superiora se resistió y en su apoyo las hermanas y todas como conmovidas por un mismo resorte se oponían, creyendo que la separación de Angel era así mismo la separación del espíritu del bien.

Lucha tenaz fué aquella, pero don Alejo que iba preparado les manifestó, primero, que les retiraba su afecto y protección, y segundo que les daba su palabra que verían todos los días á Angel, cual si se hallara en la

casa, si accedian á ello, al que quería proporcionarle una brillante carrera.

Larga fué la contienda, ó mejor dicho la lucha, aunque encerrada en términos cariñosos, pero al fin triunfó D. Alejo, como no podía ménos de suceder, porque sus argumentos eran muy fuertes.

Ya dueño del campo prometió á la superiora que dejaría á Angel uno ó dos meses en la casa, hasta que le preparara en la suya todo lo indispensable para tenerlo como hijo suyo.

En efecto, aunque en su hogar tenía todas las comodidades propias de una persona acaudalada, su todo y en especial su servicio era adecuado al soltero, que no posee vicios, ni grandes necesidades y ménos servicios para un niño de corta edad.

A este fin tomó una ama con el carácter de niñera, persona de su confianza y cristiana, encargada única y exclusivamente del cuidado de Angel en sus primeros años hasta que ya fuera mayorcito.

Ya llegó el dia. Todo lo tenía preparado y en su carruage, del que no hacía el mayor uso, llevó al ama, señora de cincuenta y tantos años, ya aleccionada de su misión, presentándose en la casa de expósitos.

La escena fué de llanto, del que fué partícipe á la vez Angel, aunque el niño quería á D. Alejo, el cual ni un sólo día dejó de llevarle un presente propio de la edad y que pudiera halagarle.

La despedida de todas las madres tué tiernísima, ter-

minándola D. Alejo, cuya promesa en vida supo cumplirla religiosamente.

Y otro coche. . . aunque con horizonte más halagüeño arrancaba á aquel niño expósito de la mansión á que le condujo su desgraciada madre!

Ya llegó la comitiva á la nueva casa.

D. Alejo aquella noche se creía el hombre feliz.

Era padre. Tenía un sér querido en quien depositar de lleno todo su cariño, y sobre todo su corazón le decía que habia sido acertado en su elección.

Mañana moriré, se decía, y tendré á mi hijo querido que recibirá mi último suspiro.

Y así forjaba sus castillos al rededor de aquel espíritu encarnado, que vá á ser el actor principal de nuestra pequeña novela. . . y así sonreía su mente.

Sólo tenía cinco años el niño y ya como acontece á todo padre, faltábale poco para creer que su hijo, como le llamaba y ordenó que le llamara, poseía talento y leía correctamente, sin que conociera la *a*.

No se levantaba jamás, sin que fuera á la cama de su tierno Angel á darle un beso, ni se acostaba sin hacer lo mismo. En una palabra, era todo un padre al par que rígido, cosa que no le fué preciso desplegar, porque la naturaleza de aquel hermoso sér se mostró desde un principio con un temperamento de dulzura.

Así pasaron los días y los meses y así fué desarrollándose Angel día tras día, siendo más querido de su padre y éste hasta robando el amor que había conser-

vado á los desvalidos para reconcentrarlo en su hijo.

Llevábalo á paseos, presentándolo con el carácter de hijo á sus relaciones que eran innumerables, sin negar su procedencia y aunque malas lenguas quisieron dar á ese apadrinamiento otro carácter, se estrelló la perfidia ante tan acrisolada rectitud.

Angel hallábase en condiciones de principiar las primeras letras, y D. Alejo en su plan de enseñanza no quiso llevarlo á colegios, sino ponerle maestros particulares y sobre todo desde el primer día de sus estudios primarios, educarlo en la religión católica, que para él era la única verdadera.

Mas en honor á la verdad no podía llamarsele un hombre místico.

Todos los sábados asistía á la lección del niño, admirándose de sus progresos y estimulándolo con cariños y regalos. Aquí volvemos á encontrar á don Alejo padeciendo de la debilidad de todos los padres que multiplican esos adelantos, no siendo ménos las monjas las que formaban coro con él, para creer que tenían un Cicerón en Angel.

Claro está que tales cuidados y educación tan esmerada fueron día tras día significándose en el físico é inteligencia de aquel jóven que principiaba á entrar en los primeros estudios de la enseñanza elemental.

Oigamos algunas de sus escenas familiares.

—¿Papá, me comprarás un caballo?

—Y el mundo, (¿Pero qué digo?)

—¿Y se venden mundos?

—Si, hijo mío, los hay hasta de goma. . . .

Así D. Alejo pasaba los ratos de grata conversación con su hijo, sin que le cansaran las largas horas de plática en ese lenguaje inocente, y hasta llegó en su delirio de cariño á olvidarse de la procedencia de aquel sér y creer firmemente que era su legitimo hijo, suponiendo un sueño que lo sacó de la inclusa.

Los dias y los meses trascurrian en aquella casa, la que sin duda alguna era contemplada por elevados espíritus, si esta frase nos es permitida.

Angel se desenvolvía no sólo en el órden material, sino intelectual, asegurando todo en él que no habia de ser una naturaleza vulgar, ni mucho menos, sino uno de esos nobles seres para el bien de la humanidad.

D. Alejo en su entrañable cariño por su hijo, pensó diversas veces en su educación, resolviéndose por no darle carrera alguna determinada, sino un conjunto de de estudios propios del joven que va á penetrar en la buena sociedad.

Angel tenía ya 12 años, y contaba con profesores distinguidos que le preparaban en los estudios que construyen en las universidades la enseñanza del bachillerato. Además aprendia francés, inglés, piano y dibujo.

Dejemos pasar á tan brillante joven sus tres pri-

meros años, contraído á su adelantamiento, que habia de ser rápido.

D Alejo venia examinando con gran detenimiento á su hijo. Era para él alma de su alma, su parte constitutiva y á su vez Angel encerraba en el fondo de su corazón una pureza de ideas y sentimiento que hacía formarse los conceptos mas halagüeños de él.

Ya tenía sus largas discusiones con su padre y en ellas revelaba un claro criterio.

Cierto día en su cariñosa plática con D. Alejo le dijo: —Papá, sabés que siento en mí un fenómeno muy extraño y que se repite distintas veces?

—Y que es mi querido hijo?

—Es el caso que algunos momentos siento en mi brazo derecho un peso, al par que una impulsión extraña que me arrastra contra mi voluntad, y esa fuerza desconocida me lleva, ó mejor dicho, me obliga á tomar papel y pluma ó lapiz.

—Sigue, que te escucho con gran atención.

—Pues bien; pongo una mano sobre el papel y sin conciencia de lo que hago, sin que mi voluntad lo quiera, sin fijar mi vista en aquel, escribo y doy temas muy importantes, y aun fechas memorables para nosotros.

—Es extraño cuánto me dices . . . Será cosa de consultarlo con el padre jesuita M.

—Mira papá deja de consultar con la Iglesia estos asuntos, porque ella no ha dado nunca Luz, ni ha pro-

fendido por el progreso humano, antes por el contrario, ha adulterado las sublimes máximas de Jesús.

—Niño, niño qué es esto? (Este muchacho me admira.)

—Te desagrada mi lenguaje? si tal es retiraré lo dicho y te pediré perdón.

—En verdad que á tu edad me asombran apreciaciones tan atrevidas y algunas . . . pero no seré yo él que pretenda imponerte en tus ideas religiosas.

Yo de mi sé decirte que moriré en la región católica apostólica y romana, por mas que me asaltendudas que la fé ciega tiene que dar por verdades.

—Bien papá; yo quisiera tener tu fé, mas dejemos esta conversación; sin embargo este fenómeno me tiene muy preocupado.

Y qué dices de esto?

—Que sigamos observando y despues comprobaremos lo que es esa fuerza estraña.

—Por de pronto esa tuerza desconocida me ha hecho escribir el hombre de Anita que dice ser mi madre, la que me pide perdón desde el espacio . . .

Ella me dice que tengo una hermana.

Y por fin esa mano me manifiesta . . .

—Que es lo que te dice?

—Que teme vivamos pocos años unidos..

—Y por eso lloras?

—Y cómo no he de llorar, mi querido padre y protector.

—Y quién será el que muera? indudablemente seré yo?

Pero olvida todo esto, que al fin tales escritos serán obra del diablo y vamos á pasear.

Padre é hijo continuaron un instante en silencio y se retiraron en aquel momento, preocupando al primero la conversación que habia tenido con Angel y tanto y tanto le predispuso, que no pasaba noche sin pensar en aquel fatal pronóstico, de que muy pronto se habian de separar aquellos dos seres que tanto se amaban.

Mas aun cuando D. Alejo no creia en brujerías, preocupado con aquellas ideas, queria darles los visos de verdad, ó se empeñaba en tomarlas en cuenta, se fué un día á casa de su notario é hizo su testamento, dejando heredero universal á su hijo, con mandas á casas de beneficencia, que este habia de cumplir.

Desde ese día quedó tranquilo, sin que ninguno volviera mas á citar la conversación de aquel estraño fenómeno, que se ofrecia al brazo inteligente de Angel.

Este siguió dejándose guiar por aquella fuerza especial y siempre su madre era la que le hablaba.

Un dia la escritura se prolongó y ya el espíritu de su madre, permitaseme hablar así, se desenvolvió de tal modo al hijo que ya tenia respeto por cuánto la mano mecánica le dijera, guiada por una fuerza desconocida.

En ese día le habló nuevamente que tenia una hermana y era desgraciada.

Mas le impuso que no se esforzara en buscarla, por que ella velaba por ambos.

Angel, como es consiguiente, tenía un gran consuelo en tales escrituras que le iluminaban, sin poder explicar la causa de aquel extraño fenómeno; pero habia tanta moral en sus escritos, tanta verdad en lo que decia, que al fin llegó á creer en cuanto su mano escritora le exponia.

Ya llegó á los diez y ocho años, y este joven, elegante, rico, y con una educación esmeradísima y sobre todo una inteligencia clara y un noble corazón, muy lúego se rodeó de amistades, abriéronse las puertas de la buena sociedad, donde supo tambien hacer una acertada elección en su compañías.

Desde ese dia Angel y D. Alejo sentian un malestar que no sabian disimular. El primero manifestó á su protector los temores que abrigaba por su separación, motivada por una fatal desgracia, temores que aunque el segundo no los creia del todo venian produciendo sus desastrosos efectos.

Si el uno reia tambien reia el otro, pero en el fondo trabajaba aquel malestar en el espíritu de aquellas dos personas tan queridas.

Los dos sin saberlo desempeñaban una verdadera comédia con el propósito de engañarse mutuamente llevados de un sentimiento de íntimo afecto á cual mayor.

Asi pasaban los dias y Angel desgraciadamente re-

cibia nuevas comunicaciones del espíritu de su madre, la cual siempre le confirmaba cuanto le habia manifestado por vez primera referente al fatal accidente.

Esto venia á herir mas y mas el corazón del jóven que tenia el mas entrañable cariño á su padre adoptivo.

Ya no le cabia duda alguna; su desgracia se aproximaba y creyendo poner remedio á ella ó con el fin de evitarla volvió sobre el mismo tema al terminar una comida.

—Papá, le dijo: no nos engañemos.

Noto que los dos estamos absorvidos por una misma idea.

—Es cierto.

—Me refiero á lo que en cierta época le dije de nuestra separación.

--Es cierto.

—Entonces lo mejor seria irnos este verano al Norte ó frontera de la Francia; Urruña si te parece y allí pasaremos un largo tiempo.

—Es cierto.

—Y aqui se encierra V. con la palabra "*es cierto*"

No me dice Vd. nada mas?

—Nada mas hijo mio?

—Acaso está preocupado?

—No.

—Entónces cuando partimos?

—Mañana si te parece.

—Admirable; todo lo arreglaré. Descanse V. que yo me encargo de dar las órdenes terminantes é indispensables para que la servidumbre se ponga en movimiento, prepare equipajes y cuanto sea necesario y á la vez venga con nosotros.

—Muy bien hijo; haz lo que te parezca, que cuanto tu ordenes será lo mejor.

En efecto, al siguiente dia partieron padre é hijo con la servidumbre de la casa, pero siempre rodeados ó perseguidos por aquel presentimiento que daba á su todo un tinte de tristeza, que no podian ocultar con la talsa apariencia de la alegría.

Despues de un viaje sin incidente alguno al que un observador hubiera llamado de contento, llegaron los viajeros á Hendaya, primer pueblo aduanero ó villa de Francia y de allí se trasladaron al siguiente dia á Urruña, pero con ánimo de tomar los baños en aquella villa que se halla situada en la misma costa del golfo Cantábrico.

Hendaya y Urruña son dos pequeñas villas ó pueblos próximos unidos por una magnífica carretera que cruza al pié del primero y distantes 6 á 8 kilómetros.

Un dia nuestros viajeros lo pasaban en Urruña contemplando las alturas del Pirineo, la escabrosidad del terreno, su vegetación, los corpulentos pinares y pastos; otro lo pasaban como hemos dicho en Hendaya, contemplando el panorama admirable del mar.

Ya llegó la época de tomar baños con cuyo motivo

se instalaron padre é hijo en Hendaya, que como hemos dicho se hallaba á un paso de Urruña.

Don Alejo era un señor que tenia orgullo en titularse buen nadador, y Angel á su vez, que de todo podia decirse que sabia, no habia olvidado esta circunstancia propia de la higiene y gimnasia.

Estos señores tomaban por lo general una barquilla y sin separarse de la costa, ni penetrar en grandes profundidades, érales grato llegar á puntos donde la tal hondura les alcanzaba al cuello, ó mejor dicho penetraban hasta ese punto y ni remotamente pensaron ninguno de los dos que por ahí podia ofrecérseles una desgracia.

Ya llevaban varios baños y todos admirables como los llamaban, fortaleciendo su salud.

Un dia creyeron padre é hijo que la barquilla habia penetrado demasiado en el interior del mar, no solo corroborado por su vista, sino porque así lo decian los dos marineros que de rato en rato hacian el sondaje.

Ellos no les llamaron la atención al ver que eran buenos nadadores; sin embargo los señores les ordenaron que la barquilla retrocediera y ya en el agua seguian á aquella, sin preocuparles en aquel momento idea alguna siniestra.

Asi marchaban nadadores y remeros, sin creer que en aquel momento podia desarrollarse á su vista un verdadero drama.

Angel impulsado por su cariño á D. Alejo volvió la vista al lado donde creia se hallaria aquel.

No lo vió, y con la celeridad del rayo recorrió todo el horizonte que podia.

Una terrible idea cruzó por su mente. Acordóse del dicho de su madre y como ya se hallaba en sitio donde podia asentar sus pies, lo hizo así, confirmándose con el mas profundo dolor en su idea de que su padre habia perecido.

Todo esto lo hizo y pasó por su mente con celeridad eléctrica, y en el acto dijo:

Barqueros . . . á mí . . . pronto . . . socorro!!

Estos, que como se ha dicho eran dos, remaban tras de los señores, mas sin cuidado alguno, contando con que serian llamados; mas en aquel momento se hallaban á cerca de 300 varas de Angel, sin haberse apercebido de la tremenda escena que tenia lugar á su vista.

Seguidamente el jóven señor y remeros observaron á alguna distancia de ellos una especie de remolino, ó mejor dicho, batida violenta de agua, y allí se dirigieron los tres instintivamente, como tocados por un mismo resorte.

En el tiempo que duró esta carrera las sospechas de Angel se convirtieron en realidad.

Mas cómo aconteció aquella desgracia?

Qué causa pudo influir para ofrecer una escena tan triste?

La réplica quedó envuelta en el oleage del mar que

en aquellos momentos comenzaba ha hacerse sensible.

Sin embargo, uno de los barqueros, el más diestro se lanzó al agua para ayudar á Angel en sus pesquias bajo el agua, el cual se hallaba rendido de hacer el papel de buzo, siéndoles completamente inútiles todos sus esfuerzos.

D. Alejo se habia ahogado.

Su hijo ya fatigado montó en la barquilla y desde allí estuvo largo rato recorriendo con avidez la inmensa área del mar.

Restábale ese último paso.

Su abatido espíritu parecía como si quisiera pedir cuentas á aquel inmenso elemento por el cuerpo querido de su padre.

Todavía le parecia un sueño ó delirio de su mente un golpe tan terrible.

Se vistió maquinalmente y sacó de su cartera lapiz y papel que felizmente llevaba en aquel momento. Oro á su querida madre, siendo necesario poco tiempo para que se le manifestara diciéndole:

“Es cierto cuanto ves—Tu buen amigo habia pedido venir á este mundo y hasta creo que rogó por que se le ofreciera un incidente de tales ó parecidas condiciones que se le llevara pronto para seguir en la via de su adelantamiento.

El ha llenado su gran misión en este planeta. Es un noble y adelantado espíritu cuyos protectores aun mas

que él deseaban á la vez arrancarle de esa masa térrea llena de pasiones.

Yo no podía avisarte este suceso porque desconocía el cómo había de tener lugar.

Solo sí tenía noticia que era necesaria vuestra pronta separación para el adelanto de D. Alejo.

Por lo demás ya sabes que nunca me aparto de tu lado, máxime viendo que sigues el camino emprendido. Adios."

Ya no quedaba duda de ningun género al joven expósito y despues de leído el escrito rompió en copioso llanto nacido del tondo de su corazón, lágrimas que dedicaba con toda su alma al amigo, al padre, al hombre lleno de virtudes y cuya mano generosa se había hecho sentir por do quiera que pasara.

Al fin llegaron á la playa y ordenó á uno de los barqueros que fuera en busca de seis ú ocho hombres excelentes nadadores, aunque ya era tarde, los que juntamente con los dos primeros procuraran buscar el cuerpo de su querido padre.

Dejó en la misma playa dos señales para arrumbarse y partió á su casa para entregarse de lleno al dolor.

Sus sirvientes recibieron con gran pena la noticia del trágico fin del que había sido por muchos años su señor.

Angel desconsolado mandó á su mayordomo que diera cuenta del acontecimiento á las autoridades, po-

niéndose á pensar en la causa que habria podido influir en la muerte de D. Alejo.

Todo era recorrer su mente la vida de su protector sin hallar una causa medio aceptable que pudiera darle esplicación del hecho.

Sin embargo, recordó que algunas veces habia tenido vahidos y una ó dos veces perdió la razón.

Entonces se dijo: hé aquí la causa. Mi bienhechor ha tenido uno de esos accidentes que le han impedido pedir auxilio, que de otro modo lo habria reclamado.

Suicida no podia serlo dada su religiosidad y que ni un solo dolor tanto físico como moral le atormentaba.

En fin la noticia cundió por la población con la celeridad del rayo. Diversos bañistas de la nacionalidad y aun del país, fueron muy luego á darle el pésame á Angel, y si no aparentaba en el exterior un dolor profundo, sentia la necesidad de hallarse solo para entregarse al llanto.

Aquella noche la pasó en vela acompañado de algunas personas amigas y de los sirvientes que tambien participaban del gran sentimiento que embargaba á su señor.

Un hecho de tal naturaleza tuvo que impresionar altamente al jóven huérfano, no solo por los lazos de cariño que le unian á su protector, sino por el misterioso pronóstico de que habia sido partícipe su propia mano.

Ella habia venido prediciendo lo que tenia que su-

cederles, no de una manera detallada, no fijando te-
chas, ni dando nombres, pero al menos se veia en
todo ello un efecto cuya causa la quería estudiar.

Al siguiente dia quedóse solo, entregándose al dolor
y á meditar en tran extraño fenómeno. Mas no daba
en ello; no podia encontrar la causa que se hallaba
en contraposición á sus doctrinas y ciencia adquiridas
en su educación, por mas que tendiera á modificarlas
con sus conocimientos. Volvíase loco y cayó en una
confusión extraña, hasta que dijo:

¡Madre mia, ilumíname! Es cierto cuanto me dices?
Eres tú la que me hablas? Existes? Dónde estás? Qué
ley es esa que desconozco, que contigo me comunica?
Qué sublime principio hace que escuche tu amorosa
palabra?

.....

Pocos momentos despues, el brazo inconsciente de
Algel, ya preparado con lapiz y papel, escribia:

“Hijo del alma mia! Dios en su infinita misericor-
dia ha permitido que me arrepienta de mis faltas. ¡Ah!
Y cuán dulce es para el espíritu encontrarse con su
conciencia purificada, que descubre el verdadero ca-
mino de la dicha. Yo fuí muy cruel contigo! Per-
dóname hijo amado! Mas si te abandoné en ese pla-
neta, aquí, desde el espacio te amparo, buscando para
tu dicha luz y espíritus elevados que te iluminen. Tu
madre te sigue y seguirá paso á paso.

Mi alma no muere; vive en la erraticidad siguiendo

esa ley sublime del progreso como acontece á todas, y todo, hijo querido, progresa como obra de mano divina y en estrecho lazo fraternal y de una armonia inconcebible.

Si yo pude predecirte algo, es porque el espiritu de tu mismo protector así lo quiso y lo dijo . . . porque habia terminado su gran misión.

Consuélate, porque es una alma pura y grande llamada á pasar á mundos mas perfectos.

Ten por norma la caridad: despierta en tu corazón el sentimiento de la fraternidad y en tu adelantamiento aplicado siempre al bien “que es el único goce que hallarás en ese planeta. Adios.,,

.....
Angel leyó cien veces cuanto habia escrito, inundando de lágrimas el papel, y un mundo inmenso de luz se presentó ante su vista.

¡Oh! La sociedad no está preparada para que le exprese estos misterios; callemos, que mas tarde serán conocidos. Quiero escribir mis impresiones y cuanto me acontece para darlo al mundo.

Hoy veo grande la sabiduría divina; hoy lo comprendo todo y no me cabe duda de ningun género que todo se enlaza y progresa.

.....
Aquí quedó Angel meditando largo rato. Poco despues ya tranquilizado ordenó á sus sirvientes que dispusieran todo lo necesario para partir á Madrid.

En efecto, á la semana siguiente se hallaba en la coronada villa, donde muy luego fué visitado por sus muchas relaciones para darle el pésase por la pérdida de D. Alejo.

Mas cumpliendo con un deber de conciencia, en el acto que puso el pié en la capital, se fué derecho á la casa de expósitos, donde lloró con las hermanas de la caridad, que habian sido sus madres, y á las que dedicaba un singular cariño.

Pasados algunos dias abrió el testamento de su protector en el que vió que quedaba heredero! Oh generoso padre! Déjame que te dedique dos lágrimas.

Cumplió con exceso todas las disposiciones del difunto: apadrinó á 10 expósitos y dijo á su sirviente:

“Teneis ya por vuestros servicios lo que mi difunto y querido padre os ha dejado.

Si vuestra voluntad es continuar conmigo, seréis mis hermanos; en caso contrario os daré el doble de lo que aquel os ha dejado para que seais felices.”

Aquellas palabras fueron contestadas con lágrimas en los sirvientes, participándole que jamás lo dejarían.

Poco tiempo despues se entregaba de lleno á la vida social, en cuanto lo permitian sus negocios.

Un año despues era uno de los mas poderosos jugadores de bolsa, recibiendo el título del magnánimo, porque jamás aceptó dejar en la desgracia á nadie ante

su feliz estrella, que por días elevaba enormemente su fortuna.

Ahora, dejemos á nuestro elegante y poderoso banquero en la vida social, para penetrar en el corazón de un hogar donde impera la desgracia.





CAPÍTULO III

--

Confesión de una moribunda

DEJEMOS, como se ha dicho al final del anterior capítulo, al joven Angel, para fotografiar el cuadro que ofrecen una desgraciada familia.

Erase una ciudad de la Francia anexionada en una de sus últimas guerras y que formó parte de la Italia.

Dotada de magníficos hoteles subamos al cuarto piso de uno de los mas cómodos del edificio, para detenernos en el número 87.

Era una pequeña salita regularmente amueblada, con su balcón al frente y puerta lateral que daba á otra que hacia de dormitorio.

En ella habia una enferma en su elegante cama, y su jóven hija á la cabecera de la misma.

La mesa de noche se hallaba llena de medicamentos y sobre ella se destacaba un santo cristo de marfil de algun mérito.

En el cuarto ó dormitorio se notaba una atmósfera cargada, ya por la falta de ventilación, ya por los medicamentos, dando al todo un aspecto triste una luz algun tanto pálida ó de poca intensidad, sin duda para ocultar mas los secretos de una relación que habia de partir de los lábios de una moribunda.

En el semblante de la enferma se notaban los síntomas de un mal que habia hecho grandes progresos.

Su misma voz apagada así lo manifestaba, dando en aquel instante una entonación mayor de dolor por la escena que iba á desarrollarse.

Su querida hija, de belleza sin igual, no dejaba de derramar copiosas lágrimas, como si presintiera un desenlace fatal en la escena de que formaba parte.

Hacia rato que guardaban el mas completo silencio y acaso ambas en aquellos momentos se dedicaban á la oración como espíritus que se hablaran en el espacio, sin en el intermedio de sus lábios.

Cuadros son estos que se registran todos los dias y mientras que el dolor se posesiona de un hogar, en el contíguo resuena la loca alegría y el olvido del mañana.

Escenas son de la vida, escenas que no estudiamos

en nuestra memoria frágil y el hombre desatiende los mil llamados que se le hacen para comprender su misión en la tierra.

Un golpe de tos de que se vió atacada la enferma, vino á alarmar á madre é hija, pasado el cual dijo la primera.

—Irene mia, me siento muy mal.

Por momentos se apaga mi vida.

Y cuán doloroso es separarme de tí.

¡Hija mia!

—Mamá, por Dios: me afliges, mucho.

Tus penas son las mias y la Virgen no querrá que nos separemos.

—Así se lo pido, mas sin duda no soy digna de ser atendida.

Qué quieres; esta es la condición humana y uno ú otro dia ha de llegar el momento de rendir cuentas de nuestros actos al altísimo padre.

.....
No ha venido Angela?

—No mamá.

—Pues si viene le dices que nos deje solas, porque... yo tengo necesidad de hablarte extensamente.

Hoy me encuentro muy mal.

—No, mamá mia.

—Sí hija mia, y no quiero dejar para mañana lo que debo de decirte ahora, porque acaso mañana... sea tarde.

No llores, ten valor.

—Y cómo no he de llorar si tales cosas me dices.

—Qué quieres; es mi deber. Necesito hacerte una extensa confesión.

.....
—A mi?

—Sí, mi hija, á quién mejor puedo hacerla que á tí, para que despues dediques tus oraciones á tu madre y la perdones?

—Oh, siempre madre mia te las dedicaré.

Madre mia . . . madre mia.

.....
Largo rato aquellos dos séres queridos se encontraron estrechamente unidos y ofreciéndose las últimas caricias, pero la misma conmoción de aquella escena trajo á la moribunda otro golpe de tos que puso en peligro su vida.

Bueno, Irene, escúchame sin que pierdas una sola de mis palabras; acaso mañana sea tarde.

Ya te he dicho que si viene Angela le digas que nos haga el obsequio de dejarnos solas por una hora.

El médico no vendrá hasta las diez de la noche y despues de todo, qué puede hacer por mí?

Nada. . . Conozco cuál es mi enfermedad y esta no tiene remedio.

—Madre mia. Piedad Virgen santa para mi pobre madre. Yo la adoro y tú no me la arrancarás para que quede huérfana.

—Tranquilízate hija mia y perdóname si te hago derramar una sola lágrima, que al corazón me llega.

Bien sabe el Dios de las alturas cuanto es mi amor por tí y cuán sensible es para mí provocarte este momento de prueba, á tí mi ángel lleno de pureza ¡hija de mi vida!

—Madre mia querida, tú no puedes morir. Yo te lo afirmo, porque, cómo es posible que ese Dios tan justo me deje sola y me robe el ser único querido que tengo en la tierra, ó el mundo está lleno de iniquidades.

—A pesar de todo, tu corazón te engaña. Estos son misterios que aún no conocemos.

Llora, porque necesito toda la tranquilidad de tu espíritu por un largo rato.

—Madrecita . . . mi . . . a . . . !

—Ahora no me interrumpas.

Mi padre, al que no conociste, ya me has oído decir que se llamaba Leopoldo Lacroix. Fué oficial del ejército francés, casado con mi desgraciada madre, á la que Dios haya perdonado.

Muerto aquel en la guerra de Africa, quedó esta conmigo, disponiendo de una escasa viudedad, que difícilmente nos ofrecía los medios de vivir.

Desgraciadamente, yo en esa época tenía ya 16 años y dicen que era excesivamente hermosa.

—Mucho mamá mía.

—Cuánto me quieres y cuánto te adoro.

—Así que tu abuelita, poco escrupulosa y amante

del lujo ó bienestar, me dedicó al teatro, donde la mujer penetra con el corazón sano para sacarlo ulcerado, batido por mil pasiones en ese precipicio inmenso y sin salida de los funestos bastidores.

No rehusé los planes de mi desgraciada madre, sin mas consejero que ella, en la confianza que pronto cambiaria nuestra situación, como así sucedió, y sobre todo en la esperanza de obtener dobles lauros, mas penetrando para ello en una senda escabrosa, donde pronto se gasta el corazón de la mujer, acechada por millares de seductores que ponen á precio nuestra virtud, excitan nuestras pasiones, halagan nuestro orgullo, despiertan nuestro amor, ó no sé si es amor ó sensualismo, nos deslumbran con riquezas y brillantes, nos envuelven con sus miradas y al fin tarde ó temprano sucumbe una, vencida en lucha tan desigual.

¡Vida de placeres mezclados con lágrimas, vida en la que el corazón pronto se agosta, yo tambien fuí pecadora, por más que hoy no entro á contarte mis faltas en la época que pisé el escenario, mas quiero que leas en mi ejemplo para que te sirva de lección y sepas lo que puedes esperar si te apartas de la senda del bien.

Sí, mi hija! Cuán grato debe ser comer el pan en la casa del pobre, sin conocer el bullicioso grito y la falsa alegría que parece ofrecer una vida desenfadada.

Fatalmente un dia, aciago para mí, tropecé en mi camino con tu padre, el conde de X, persona de elegantes modales y de distinguida familia, el que fué uno de

los que mas afecto me manifestaran y mas constantes eran en sus visitas, y sin embargo habia en mi interior un algo, un sentimiento extraño que me decia que reusara las ofertas del conde, y así lo hice.

Mas á pesar de todo, mi resistencia elevó á tal grado su amor, y fué tan perseverante, que despertó en el una pasión grande, ó acaso se sintió su amor propio tan herido, y un dia me manifestó su propósito de casarse conmigo.

Como aun vivia tu abuelita, le participé que podia pedir mi mano á mamá, como así lo hizo, y aun cuando el mismo presentimiento, la misma voz secreta me decia que habia de ser desgraciada, creí muy inocente dar oidos á tales temores ó dudas sin fundamento, y poco tiempo despues era la condesa de X.

Los primeros meses todo fué placeres, todo dicha sin ejemplo, con la única diferencia que mi esposo no tenia la fortuna que habíamos creído en un principio, ni mucho menos, quedando reducida á un pequeño patrimonio que le restaba para medio pasar, despues de haber derrochado todo un poderoso caudal en una vida de un verdadero libertinage.

Mas aquel corazón necesitaba fuertes emociones, sin encontrar en el fondo de un espíritu propenso al bien, lo que él buscaba y necesitaba para alimentar su corazón gastado y pútrido.

Confíesote con franqueza que no sentia amor alguno por él cuando nos casamos. Llevada mas bien por

cálculo acepté su mano, y cosa extraña, á medida que en mí se iba desarrollando un sentimiento noble de afecto hácia tu padre, él que se casó loco de amor por mí, dia tras dia notaba en él menos interés y mas desvios, porque en aquel espíritu solo imperaba una pasión material.

Y aun mas, sentía de dia en dia un cambio en sus miradas que me dominaban hasta el punto que me parecia hallarme como esclava de su voluntad. Baste decirte que llegó á maltratarme cuando cada vez le queria mas.

Así no pasó ni siquiera un año desde que me uní á él, cuando pretestó un viaje á su patria con motivo de arreglar sus negocios, dejándome próxima á darte á luz y quedándome con escasos recursos.

Los dos ó tres primeros meses me remitió fondos y sus cartas fueron un tanto cariñosas, mas sintiendo en ellas la misma marcha que en el primer periodo de nuestra vida, hasta que al fin aquellas eran tardías y ya como comerciales sin recordar que él era padre y que tu mi angel habias venido á este mundo á padecer.

Daba además la circunstancia, que mi madre estaba muy grave. Necesitaba el cuidado de los médicos y yo sin recursos, olvidada por Genaro tu padre, le manifesté mi resolución de volver al teatro si no me pasaba una decente pensión.

Ya en varias cartas habia increpado á tu padre su conducta y continuado silencio.

Dispuesta estaba á acudir á los tribunales, porque sabia que llevaba una vida reprehensible y sin ejemplo, pero todo fué inútil.

Acaso calificques de una manera extraña mi conducta por no haber ido en su busca, pero qué quieres; no siempre se escoje el mejor camino.

Tenia contratas que cumplir y siempre estuve esperando el arrepentimiento de aquel que tantas veces me dijo que me amaba.

Con todo creo que hubiera sido mas desgraciada al lado de tu padre.

Así pasé algunos años, siempre asediada y luchando ante miles de precipicios de los que salí felizmente, mas una ú otra vez tenia que sucumbir en esa lucha de la materia.

Y cuán injusta es la sociedad, cuando censura á una mujer sin conocer su historia.

Por fin un dia, entre los muchos que me sitiaban con sus constantes galanteos, porque ya te he dicho que Dios me habia concedido un semblante agraciado. . .

—Es cierto mamá, eres hoy muy hermosa.

—Ah hija mia, déjame que te dé un beso y cuán feliz soy en este momento.

Como te decía, entre esos varios personajes que nos asaltan se puso por medio un hombre que habia de robarme el corazón. ¡Triste recuerdo!

Y para que te he de dar detalles que lamentaria?

Ya no amaba á tu padre, ni habia sentido en mi co-

razón el fuego que se despertó en mí en la época que te voy á contar.

Mr. Luis M. Blanes, jóven agregado á una embajada, me fué presentado un dia. Práctico en las lides amorosas desplegó con gran acierto sus planes estratégicos hasta el punto que me rendí á él sin fuerzas para resistir, y me entregué con el alma en uno de esos momentos en que la mujer se olvida de todo, de su honor y dignidad. . . !

Piedad Dios mio y piedad hija mia, á ti que tengo la necesidad imperiosa de contarte todo esto, por lo que oirás despues.

Aquel hombre fatal en mi camino me dejó muy luego con el corazón despedazado. Entonces comprendí mi falta y cuán triste es deviar-se del camino de la virtud, pero ya era tarde, porque era madre de un ser que venia al mundo á padecer.

Hijo mio adorado! Soy una madre cruel!

Qué será de tí? Yo me muero de dolor.

—Mamá, por piedad, acuérdate que soy tu hija, estoy á tu lado y cuentas con todo mi cariño.

—Es cierto, mi bien! Pero aquel ser desgraciado, qué será de él? Hijo del alma mia!

—Dios se habrá apiadado de tí y lo tendrá en la gloria ó velará por él.

—Me consuelas con tus palabras.

—Dáme un beso.

---Toma cien.

— Vé por qué tenía que hacerte mi confesión.

Aquel hijo lo dí á luz en Madrid y lo llevé á la inclusa.

Piedad Virgen Santa.

Un dia, despues de años de silencio, y convalciente de dar á luz á mi hijo, recibí de tu padre una carta cruel, amenazándome con matarme, porque sabia que estaba embarazada. Cómo explicar su conducta? No quiero hacer mi defensa, pero no podia recriminarme, aunque su carta me atemorizó, y no teniendo confianza en el secreto de nadie, resolví llevar á mi hijo á la inclusa.

Era una noche de primavera en que el mismo cielo parecia manifiestar su dolor encubriéndose la luna tras de densas nubes.

Aquella noche, 21 de Marzo, la recuerdo muy bién, fui acompañada de Angela.

No quiero describirte las amargas porque pasó mi corazón de madre en aquella noche terrible.

Creí morirme; las fuerzas me faltaban, y aquel Angel . . . de . . . mi . . . vida me miraba con la sonrisa en los labios, desconociendo mi acto de indigna madre.

Oh hijo mio . . . cien veces te he llorado.

— Tranquilízate mamá, que vas á ponerte peor.

— Es cierto, mas no cabe tranquilidad en mi espíritu.

Varias veces tomé la resolución de ir en su busca, mas la fatalidad se ha puesto por medio para que así no fuera.

Solo si te diré que con él iba una carta cerrada escrita á mi hijo, para cuando saliera de la inclusa.

Esa carta es igual á esta que la guardarás como un talisman. En ella tambien hay una medalla idéntica á la suya, por la que os conocereis, si yo desde el cielo puedo alcanzar esta gracia.

Mi hijo además tiene una pequeña marca, especie de peca en el brazo derecho y otra en el cuello.

Hé aquí hija mia todo cuanto puedo decirte de mi pobre hijo y júrame buscarlo en cuanto sea posible á tu séxo, para que yo desde allá arriba, si Dios me concede tal gracia, os vea unidos como hermanos queridos y seres de mi ser.

—Lo juro con toda mi alma, madre mia!

Madre mia . . . ma . . . dre . . . mia.

—Hija . . . des . . . gra . . . cia . . . da . . .

Me inuero . . .

.....
Dáme ese vaso . . . Dios mío, concededme una hora mas.

—Mamá mia . . . !madre . . . !madre . . . !

.....
—Bien; Dios ha oido mis súplicas y terminaré mi relato.

Sé fuerte en tu vida de penalidades, que el espíritu de tu madre estará á tu lado. Lleva por coraza la virtud.

Te dejé esa cartera en la que hay 100000 francos mas ó menos y mis alhajas, mas el corazón me dice

que vivas al lado de Angela, no solo por que ha sido mi buena amiga, sino que presiento que de ese modo encontrarás á tu hermano, y si en peligro te encuentras llámame, que mi espíritu te hablará.

Vive en la rēligión católica. Dedicar todas las noches tus oraciones para fortalecer tu alma y perdona á tu madre. . . ¡Ah!!

Me muero. . . me muero. . .

Hija mia. . . abrázame. . . Soy tu pobre madre que deja arrepentida de todas sus culpas este. . .

—Socorro.

Angela.

—Qué hay?

—Corre en busca del médico.

—Madre querida. . .

—Mi cuerpo se vá. . .

Me ahogo. . . hija mia. . . ¡

A. . . D. . . i. . . o. . . s. . .

.....
—Ya estamos aquí.

—Señor ampare á mi querida madre.

—Señorita Irene, la ciencia es impotente en casos como este.

El Señor todo lo puede y acaso sus lágrimas consigan lo que no es fácil que alcance la medicina.

—Ah. . . mi madre esta muerta. . .

Madre del alma mia.

—Aún no, pero temo que no salga de este acceso.

—Angela mia, ya soy huérfana.

—Irene querida, aquí me tienes en reemplazo de tu madre, mi adorada amiga.

—Madre . . . madre!

A . . . y . . .

.....
.....

—Murió . . .

—Vamos Irene; bueno es que salgas un momento de aquí.

—No, jamás, yo no me aparto de mi querida mamá. Quiero morir.

Madre . . . Ma . . . d . . . r . . . e . . . !

Angela y el doctor se hallaban verdaderamente conmovidos ante aquel terrible cuadro de dolor, sin conseguir separar á Irene del cuerpo inanimado de su madre.

Mas al fin, agotadas sus lágrimas y no recibiendo respuestas algunas á sus demostraciones del mas profundo amor . . . cedió, dejando al mundo aquel cuerpo inerte para llenar los deberes que imponia la sociedad y religión.

Al siguiente dia por encargo de Angela todo fué preparado convenientemente, y varios amigos y admiradores de la madre de Irene acompañaron su cadaver al cementerio, donde fué enterrado, no perdonando su hija gasto alguno en recuerdo de la que fué su madre.

Quince dia despues, á instancias de Angela, cambia-

ban de hotel, no pudiendo conseguir partir de aquella ciudad por las resistencias que ofrecia Irene.

Mas el tiempo va paulatinamente cicatrizando estas llagas del dolor que nos aquejan en este planeta, y como era de esperarse, Irene volvió á adquirir en su semblante la dulzura angelical de que estaba poseido su corazón.

Irene cumpliendo el deseo de su querida madre, no se separó de la que en vida fué la amiga, haciendo todavia mas y es que se penetró de la situación aflictiva de Angela y en el tal concepto se hizo cargo de la dirección y gasto de la casa, dando á Angela 10000 francos como expreción del afecto que le guardara su madre.

Irene, á pesar de su corta edad, no solo poseia un corazón puro, lleno de las mas bellas prendas, sino que á su edad se admiraba la reflexión con que estudiaba las cuestiones que podian ofrecérsele. Nació dos años antes que Angel.

Angela la respetaba y quería, aunque ésta fatalmente no participaba de aquellas virtudes y sí solo del sentimiento de agradecimiento hácia su familia amiga, que siempre le dió los mejores consejos.

Poco tiempo despues de acaecidas estas escenas partieron para el mediodia de Francia, donde creian vivir con alguna economía, bastándoles el capital heredado y lo que la difunta habia dejado en alhajas, que era otra segunda fortuna.

Ahora dejemos á las dos amigas vivir con el recuerdo de la que fué madre y fiel compañera, para volver á personajes que nos son conocidos.





CAPÍTULO IV

--

Cosas de mundo

EN una de las más céntricas calles de Madrid, se hallaba situada la casa del inolvidable y caritativo D. Alejo, que tan triste fin tuvo y del que seguramente no se habrá olvidado el lector.

Nada de nuevo, ni variación alguna se notaba en aquel hogar, mas que la pérdida irreparable de un hombre honorable, á pesar de haber transcurrido un año y no solo la servidumbre era la misma, sino que se conservaba intacto, hasta en su mismo sitio, todo el mobiliario que adornaba la casa en vida del difunto D. Alejo.

Un cocinero, un ayuda de cámara, un secretario ó

mayordomo y una anciana ama de llaves, hé aquí el personal del heredero del gran filántropo, dueño hoy de una gran fortuna, que en dos años, habia aumentado extraordinariamente sin esfuerzo alguno, porque todo le sonreía, sin que por eso, como hemos dicho, aumentara el lujo ni diera un cambio radical á sus costumbres, sino que antes por el contrario, se dedicó con solícito afán á socorrer al afligido y secar muchas y amargas lágrimas.

Era en consecuencia digno sucesor de su protector y uno de esos espíritus nobles entregado de lleno al bien, sin hacer ostentación de sus procederes, ni de los constantes actos de caridad que practicaba cada día y á cada hora.

A la vez tenia pasión por el estudio, que su clara inteligencia dirigia acertadamente.

Disponia de una escogida biblioteca, elevando de este modo dia tras dia sus conocimientos, en especial los estudios psicológicos.

Hé aquí reasumida en breves palabras la vida de Angel y todos sus deseos, dedicando escasas horas á los negocios, que sin querer elevaban notablemente su gran fortuna, como ya se ha dicho.

Ahora permítasenos llevar al lector con el pensamiento al estudio de nuestro querido jóven donde se halla Angel escribiendo su correspondencia en su mayor parte, por no decir su totalidad, para llenar necesidades de familias desgraciadas.

Bastaba contemplar aquella fisonomía para leer en su corazón las grandes y nobles ideas que bullían en espíritu tan noble.

—José?

—Señorito.

—Creo que han llamado; vé quien es.

—Es D. Luis.

—Que pase.

—Siempre leyendo! Siempre entregado á los libros! Pero hombre de Dios, te has propuesto descubrir la cuadratura del círculo ó quieres que te demos el título de santo.

Cómo estás Angel querido?

—Bien, y tú calaverón?

—Bien, pero amigo vengo á romper lanzas contigo sino cambias de vida. No es vergonzoso que un jóven como tú, lleno de fortuna, jóven ilustrado, buena figura y...?

—Gracias... adelante y déjate de bromas.

—Con las puertas abiertas en cien familias distinguidas, te encierres eternamente en tu casa como un cartujo? Esto es reprehensible, injustificable.

Pero dime, con franqueza, vas á poner algun convento?

—Si vieras que feliz soy, entregado á los pobres, y dando de comer al necesitado.

—Todo eso es admirable, mas supongo que no pretenderás que te canonicemos.

Y por fin hay tiempo para todo, sin entregarte permanentemente á rezos y maitines.

—Estás muy equivocado; lo estás de mediō á medio, porque hace la frioleta de 2 años que no entro en iglesia alguna. Solo cuando voy á la casa de expósitos, que es una vez por semana, en que mis queridas madres “las hermanas de caridad” me hacen que visite su oratorio, lo hago, porque las quiero tanto! que no tengo valor para negarme; mas me violenta mucho, porque no soy católico.

—Y ahora salimos con eso?

—Sí querido Luis. Y qué ganaria con ofrecer este desagrado á las que han sido mis madres, á las que me recogieron y dedicaron sus primeros cariños, á mi *El expósito*. . . !

—Va . . . va . . . va . . . Cambia de conversación.

—Y ya comprendes que entrar en polémica religiosa con ellas seria cruel y no lo he de ser yo con esas virtuosas señoras, y menos pretender arrancar de raíz la religión de los mas; sin darles otra, para lo que no están preparadas.

Así dejo correr los errores del catolicismo y yo pienso y obro como mi conciencia y razón me dictan.

—Admirable: me complace oírte hablar así.

Dame esa mano. Eres un Platón.

—El mundo marcha impulsado por el oro; ese gran motor de las humanidades. *

El hombre es una de las tantas producciones de la

materia en su constante é infinita elaboración en ese espacio, sin que requiera de un Dios para que el universo siga su curso.

Por eso yo me sonrío como tú de las religiones, de esas pobres idolatrias dedicadas á un pedazo de barro, de ese error en que viven todavía tantos y tan atrasados pueblos.

Pero felizmente la luz se hace y no hay hombre de saber ó ilustración alguna que no sea de la escuela moderna . . . del *materialismo*.

La verdad es que nunca habíamos hablado de este tema, complaciéndome que seas de mis opiniones.

--Perdona, que me parece no haberte hecho tal afirmación.

Te he dejado hablar doliéndome en el alma tu desvario en este importante tema, mas puesto que lo has provocado te replicaré.

Desgraciadamente has interpretado mal mis palabras cuándo me has oído decir que no voy á la iglesia, cual si no fuera espiritualista, y vives en completo error.

Lo soy profundamente, si bien no creo en los errores del catolicismo.

Hé aquí por qué te he manifestado que era feliz, porque mis creencias me han llevado á un convencimiento completo de la inmortalidad de nuestro espíritu y la existencia de un Dios inconcebible para nosotros por su infinita grandeza.

Mas creo que llaman.

José?

—Señorito

—¿Quién es?

—Un señor desea hablar con Vd. Dice que tiene una cuenta que liquidar.

—Ya me figuro quien será.

Si quieres puedes quedarte Si no pasa á otra sala

Mas no; qué me importa; no te muevas

Dí á ese señor que pase.

—Sr. D. Angel, tengo el gusto de estrechar su mano.

—Mil gracias, y yo á mi vez me complazco en saludar á Vd.

Sírvase tomar asiento, puesto que supongo debo el honor de esta visita á ciertos asuntos de interés.

—Ciertamente, mi Sr. D. Angel, y no he dudado un momento que habia de contar con sus nobles sentimientos, habiendo dado tantas y tan grandes pruebas de su generosidad; pues con justicia le llaman el magnátismo.

—Gracias y vamos al asunto.

--Ello es que mañana tengo que pagar á su corredor 100000 duros que he perdido á la baja en las operaciones de bolsa, siéndole deudor, y no solo no dispongo de esa suma sino que dejo á mi familia en la situación mas aflictiva.

Tan es así, que he estado á punto de levantarme la tapa de los sesos al contemplar el insondable abismo

que tenia á mis piés, pero señor, ¡ay! créame, no lo he hecho confiando en Vd., en su noble corazón, seguro que no ha de permitir mi ruina, la desolación de un hogar y acaso me facilite los medios de pagarle parte de esa suma á plazos.

—Perfectamente. Cierta desagrado he sentido al oírle hablar de suicidio, ruina y desolación, pero Vd. me permitirá que le manifieste lo estraño que me parece que Vd. jugára hasta el punto de comprometer el pan de sus hijos y su nombre.

—Qué quiere Vd. señor; esperaba ganar una fortuna y mis cálculos, que creia seguros, han salido completamente fallidos.

¡Quién hubiera dicho que con tales leyes de Gobierno habria de producirse una alza!

Y sin embargo mi ambición me ha arrastrado á ese fondo insondable, dejando un triste nombre para mis hijos.

¡Hijos míos!

—Bueno habria sido que estas reflexiones las hubiera hecho antes de lanzarse de lleno á una senda que ofrece tantos peligros.

Vd. ha podido observar que tan alhagüenos cálculos a pesar de aparecer tan brillantemente formulados han producido los mas funestos resultados, llevando la ruina á mil familias.

Así tengo dada la orden á mi corredor que juegue prudentemente y hasta cierto grado, no para hacer for-

tuna, porque felizmente de ella dispongo, sino para ver de moralizar algún tanto ese juego y enseñar á los que caen en mis manos cuán funestos son esos procederes para crearse una fortuna en que un hombre se levanta arrancando lágrimas del corazón del vencido ó deudor.

En fin, mañana daré la orden á mi administrador sobre este asunto, y puede Vd. descansar tranquilo, obligándole para que entregue á las casas de beneficencia la mitad de lo que me deba y dándole prórrogas en el pago.

— Señor, estaré á Vd. eternamente agradecido. Andrés Carranza, su humilde servidor. Calle de M. . .

--Y aquí me tiene Vd. á sus órdenes, Sr. D. Andrés, mas no olvide esta escena de la bolsa y sírvale de lección en lo sucesivo.

— ¡Ah! en verdad que la tendré muy presente.

Beso á Vd. la mano.

— Beso la suya, Sr. D. Andrés.

.....
Aquí tienes un hombre que el corazón me dice que ha de ser mi mayor enemigo.

No sé que observo en su mirada; no sé que me dice mi espíritu.

El ha venido obligado por la imperiosa necesidad de su deuda.

Es hombre que me parece tiene una conciencia con

las apariencias exteriores de recta, porque así lo reclama para su mismo negocio; pero . . . !

De todos modos es uno de los tantos que hay en el mundo, dispuesto á jugar el todo por el todo, y venderse si preciso fuera al demonio, despues de haber perdido el último real.

Qué quieres; de estos seres hay infinitos en la sociedad y no te extrañe que trate con mas agrado al modesto obrero que trabaja de sol á sol, que produce y lleva á su esposa é hijos el pan ganado con el sudor de su rostro, que á estos desgraciados, como así puede llamárseles, dispuestos á levantarse un dia sobre la ruina de cien hogares.

Oh; qué miserable sociedad; Cuán atrasados se hallan ciertos hombres.

Tentado estoy mil veces de ordenar á mi corredor que no juegue ni un solo céntimo en mi nombre; mas por otra parte es una inteligencia especialísima para estas operaciones y con ello hago mil limosnas.

—Eres un corazón de oro.

Te admiro y ahora comprendo que es pequeño todavía el concepto que se tiene formado de tí.

—Calla muchacho.

—De seguro habrá santos, como dice esa escuela de frailes y monjas, pero de seguro no habrán adquirido tantos títulos para ir al cielo, si lo hay, como tú lo mereces.

Créeme Angel; no hay hombre de sentimientos mas

grandes que tú. Te he escuchado con admiración.

Déjame que te estreche con todo cariño.

—Gracias . . . me enterneces.

Pues bien; como acabo de decirte, este hombre que se ha visto humillado por su sed de oro, acuérdate del día de hoy; se ha de poner en mi camino y ha de ser el que con el puñal de la mentira y la calumnia me ha de querer herir.

En fin, dejemos estas miserias y volvamos á nuestro tema que me era tan grato, porque deseo arrancarte estas ideas tan tristes sin creencia alguna de Dios.

—Pues estás muy equivocado. Soy feliz.

—Lo serás, porque ahora estás en el fuego de las pasiones, en la edad juvenil, pero mas tarde no será así . . .

Quédate á almorzar conmigo y hablaremos un rato.

—Bien, acepto.

—José manda que nos sirvan el almuerzo.

—Esta bien, señor. Dos damas preguntan por Vd.

—Por lo visto hoy tenemos que hacer penitencia con tantas interrupciones.

Será lo de siempre; pedir limosna con razón ó sin ella. Te afirmo que hasta en esto hay su manera de vivir, presentando en formas mil la desgracia para hacerse uno mas atrayente.

Díles que pasen.

—El Sr. D. Angel . . .

—Servidor de Vdes. Tengan la bondad de sentarse.

—Señor, venimos alentadas por un sentimiento cristiano, en la confianza que Vd nos ayudará á llevar á cabo una obra grande, sublime, propia de almas nobles.

—Vdes. dirán?

—Se trata Sr. D. Angel de tomar esta jóven el hábito de Dominica, y yo me intereso por ella, dispuesta nada ménos que á dejar el mundo para entregar su espíritu á nuestro muy amado Jesús Dios.

—Muy bien, muy bien, muy bien.

—Ya cansada del mundo.

—Si?

—Si señor; y de las luchas y miserias que ofrece la *carne* . . . en este mundo, busca la soledad en el claustro para entregarse dia y noche á las oraciones y pedir á Dios misericordia por nosotros pecadores . . .

Mas es el caso que necesita un pequeño dote y no ha completado la suma que se exige para entrar, razón por la que hemos creído contar con su magnánimo corazón, para que pueda realizar tan gran misión

—Señoras, doy á Vdes. las gracias, en especial á esta señorita.

—Es verdad . . .

—Por cierto bastante hermosa para encerrarse en un convento.

—Qué quiere Vd. señor, son tales los peligros que corre la huérfana en la vida cuando su semblante es atrayente . . .

—Pues bien, decia á Vds. que les daba las mas expresivas gracias por sus elevados propósitos de rogar en vida por mi, mas yo no acepto y creo inútiles sus oraciones, máxime cuando no soy católico.

—Ave María Purísima!

—Y creo que Dios no necesitaba de procuradores para pedirle gracias.

Además soy enemigo de todas las congregaciones religiosas dedicadas única y exclusivamente á la vida monástica, contra lo que dicta la misma Naturaleza.

No comprendo esa vida religiosa mas que en las sociedades dedicadas á la enseñanza y caridad, pero yo... ayudar á una jóven para que haga votos por aislarse del mundo y vivir sin afecciones, rotos los lazos de la familia, en penitencia perpétua y encerrada para siempre...?

Jamás, señoras mias, y siento serles tan franco.

Si esta señorita renuncia á tales propósitos y una vez enterado de su amor al trabajo y cualidades, me pidiera que la ayude en algo para vencer los obstáculos que ofrece una vida laboriosa, veria si podia atender á su pedido, mas dar para fomentar esas casas de la inercia, sin que en ellas repercuta el clamor de millares de desgraciados...?

En fin, ya saben Vdes. mi resolución negativa.

Hay en el mundo tanto huérfano, tanto desvalido y tanta lágrima que secar, que ahí está el campo sin fin de la penitencia, y no, encerrándose entre pa-

redes para desoir la voz lastimera del afligido.

—Entonces nos retiramos, sintiendo haberle molestado.

Beso á Vd. la mano.

—A Dios, mis buenas señoras. Beso á Vdes. los piés.

.....
Qué te parece.

—Pero hombre, yo conozco estas dos caras.

La chica es hermosa. . . Dónde la he visto? Dios mio Ayúdame memoria infiel!

Ya ca. . . i. . . g. . . o. . . !

Esta chica era una costurerilla precio. . . sa.

Era un ángel de beldad.

—Que habrá sido muy solicitada, y por fin. . .

—Claro, y por fin como dices, no pudo resistir á las repetidas tentaciones de ese picaronazo del demonio y ahora la emprende con Jesús.

En cuanto á la otra. . . señorona, paréceme que es un pajarraco de cuenta.

Esta muchachita, si no me equivoco, ha sido querida de un teniente de cazadores al que habia conocido.

—Si de cazadores. . . cazador. . . *es*.

—Es cierto, y por lo visto la escena tuvo su final. El amante hizo sus contramarchas, replegó sus fuerzas y se retiró á cuarteles de invierno para entrar á sitiar otra plaza.

—Sí; es verdad, porque el aspecto de la niña es que se ha entregado con armas y bagajes.

—Ya se conoce. Es preciso no tener ojos. . . hombre.

Pero quién será la mamá. . . intrusa?

—A mí venirme con conventitos. . . ¡He. . . !

Y la verdad es que en ellos se han de registrar muchas de estas escenas, que han de traer como consecuencia el hábito.

Yo supongo ó clasifico en tres categorías las monjas de claustro dedicadas únicamente al canto amoroso á los santos. A saber:

1.º Las feas, desesperadas del mundo por las ingratitudes del hombre.

2.º Las que han tenido algun incidente, por *ejemplo*.

3.º Las poseidas de un misticismo á prueba de idiotismo.

—Como en todo admitirás excepciones, aunque esa sea la regla general.

—Cierto.

Ahora á almorzar y tú no recibas visitas si no son de confianza.

Dí que estamos en la Luna.

O en el planeta Vénus y dejémonos de Lunas.

—Está bien, señor.

.....
Minutos despues nuestros dos amigos se entregaban de lleno á reforzar sus estómagos sosteniendo una conversación animada sobre y contra el materialismo,

suponiendo que el lector habrá comprendido el nombre de los que hacían la defensa de tan encontradas escuelas.

Como en toda comida, al final, después de inspirar la mente con los ricos vinos de Jerez y el Oporto, aquellos dos corazones amigos entraban en el campo de las confianzas.

Luis tenía la palabra.

—Hoy voy á hacerte una confesión para que comprendas que muchas veces dentro de un corazón que rie hay el alma que llora ó ha llorado.

Nuestra amistad, aunque de pocos años, es un afecto de hermanos, y si no te he hecho la declaración que vas á oirme, ha sido sin duda porque no ha habido oportunidad.

Acaso seas el único que lo sabe después de Dios y los actores.

Erase una noche de invierno tan oscura como fría, en que no se distinguía á corta distancia mas que bultos de una entonación completamente negra,

Ya sabes que todos procuramos en este tiempo taparnos bien hasta los ojos con el embozo de nuestras capas, y no es la primera vez que sufrimos choques humanos y después de la sorpresa y un *perdone* Vd., seguimos nuestro camino sin el propósito de la enmienda.

Así marchaba rumbo de mi casa sin pensar en nada, cuando siento un grito de dolor como el de la víc-

tima sacrificada por el puñal del asesino; aquel grito se repite y me detengo pegado á la ventana de cuyo cuarto partia el lamento.

Era en verdad una lucha de un hombre con una mujer, sin comprender la causa.

Felizmente llevaba mi rewólver. Doy cuatro pasos, sin pensar en el peligro y me presento en la puerta del cuarto de la escena, en la que parece que se iba á cometer un crimen.

El homicida ó lo que fuera detiene su acción; me impongo á él por mi energia y le mando salir, contando con que al siguiente dia lo tomara la policia.

Solo ya con la que habia de ser sacrificada, necesitó largo rato para reponerse de su susto.

Procuré tranquilizarla, contemplando á la vez su hermosura sin igual y un timbre de voz que se infiltraba sin sentir en el alma.

Ella quiso hablarme del hecho, diciendo que era un *hermano*. . . lleno de vicios que la sacrificaba, mas yo rehusé oír su relato.

Así pasé sin duda 4 ó 5 horas despertándose en mi algo extraño, que por momentos me atraia mas y mas, como si una fuerza superior me impusiera.

Cada una de sus miradas eran la acción dominadora de un espíritu sobre otro.

Por fin me fuí, no sin prometer á Lola, como se llamaba, visitarla al siguiente dia, estrechándonos la mano con el mas vivo afecto.

Aquella noche no pude dormir dominado por mil recuerdos. Será verdad su cuento? Aquel semblante de pureza será el reflejo del alma?

Así seguía haciéndome preguntas y recordando los gratos recuerdos de aquel encuentro, de aquellas miradas, de aquella fisonomía meridional como jamás había visto, de su boca, su sonrisa, su talle y hasta creía que se hallaba encerrada en el caliz de una flor despidiendo constantes y puros aromas. La creí un ángel. No sé por último á dónde me llevó mi espíritu aquella noche.

—Me interesa tu cuento . . . Sigue.

—Ya verás.

Al siguiente día comprenderás que fui á ver á mi Lola con ánimo resuelto de declararla mi amor, rápido y abrasador, que por cierto los tales amores tan impetuosos tienen mal final.

Es verdad.

—Lola me esperó todo el día con la mayor ansiedad, pero tuve por conveniente reservar mi visita para la noche, aunque durante el día estuve contando los segundos, para que pasaran breves.

En efecto; al fin llegó la hora ansiada.

Mi adorada salió á recibirme como impulsada por el mismo deseo.

Desde aquel momento me creí loco, pero loco de amor, y bien sea que me hallaba inspirado, bien por-

que Lola fuera una gran cómica, es el caso que ella alentaba ese fuego de mi alma.

Pronto pude comprender que era pobre, por el aspecto de su ajuar, y sea por inspiración ó lo que fuese, llevé algunos miles de billetes y se los puse en la mesa.

Aquello la impresionó de una manera admirable. . . sin que yo me fijara del todo en lo que significaba su semblante en aquella ocasión, porque era todo pasión en aquel momento.

En fin, le dí un anillo de brillantes que llevaba en la mano y. . . . Lola respondió á mis deseos. . . .

Momentos despues sacaba un lápiz y escribí á mamá que no estuviera con cuidado, si no iba á casa en cuatro ó seis dias, porque tenia un asunto. . . que resolver, el cual me obligaria á faltar á casa.

Lola me dijo que no tenia sirvienta, pero llamó á una vecina y esta se encargó, no sé como, de dar curso á la carta.

Nada mas te diré, sino que durante 5 dias consecutivos no me separé de ella. Todo el dia lo pasábamos juntos como dos recién casados. Yo la ayudé el primer dia á poner la mesa; despues encargué á una fonda que nos sirvieran y no salia con ella, porque aun cuando me parecia una muchacha bastante decente, con todo tenia que librarme del "qué dirán".

Solo por la noche salíamos á dar un paseo y nos retirábamos tarde á casa.

Era esclavo de aquella muchacha, que dicho sea de paso, era una verdadera niña, llena de gracia, con una voz angelical, aunque sin estudio alguno.

En una palabra, acaso hubiera cometido una barbaridad, si la Providencia no hubiese velado por mí.

—Pero chico no me has dicho que eras materialista.

—Bien, lo que quieras, pero no me interrumpas.

Tales y tan grandes fueron las impresiones que recibí en aquellos días que era lógico viniera un estallido.

Ya Lola me confesó que el joven que quería matarla pretendía ser su querido y ella no lo aceptaba.

Será verdad ó mentira, mas dejemos aquellos detalles.

Al siguiente día parecióme que me encontraba mal.

Ella lo sintió verdaderamente y asegúrote que en aquel momento su semblante era el de la mujer enamorada.

No sé porque causa me creí peor de lo que en realidad me lo decía el dolor y escribí una carta reservada á mi administrador y amigo, diciéndole que si se le presentaban con aquella carta-letra entregara al dador 1000 duros y le puse un sello de armas que en un anillo llevaba siempre en el dedo.

Me siento bastante mal mi querida Lola, la dije, y ella se echó á mis brazos, me llenó de caricias y como queriendo volverme la salud estrechaba su cara con la mía, lo cual era el veneno ó fuego que me abrasaba.

Necesité una resolución extrema y partí, mas com-

prendiendo que por momentos me agravaba, subí á un coche, dí las señas al cochero y perdí la razón.

Luego sabrás como efectué la entrada en mi casa.

.....
Al siguiente dia creí volver como de costumbre al lado de Lola, sin duda porque mi mal fué mentira y cual no sería mi asombro, la ira y desesperación al verla en brazos de otro...!

Un fuego del infierno se apoderó de mí mismo— Miserables!... E instintivamente llevé mi mano al cinto del que saqué un filoso puñal.

Vais á morir, les dije... si... quiero beber vuestra sangre... .

Mi rival pretende defenderse y sobre él me lanzo como un tigre clavándole el puñal en el pecho.

Muere, le digo y sigo ensañándome en la víctima hasta que lanza el último suspiro.

Réstame Lola... .

Tú... Infame... ! me has mentido; has despedazado mi corazón y voy á arrancarte el tuyo.

Ayer eras mia y hoy te encuentro en brazos de otro?

—Piedad, . . . todo ello es mentira es una ilusión.

—Y ese cadáver que te dice? es ilusión ó falsía tuya?

Y todavía niegas que me has engañado?

Muere, pero tu agonía será horrible.

· Ay!!

—Y en aquel pecho clavé cien veces mi puñal sin tener compasión de la víctima.

.....
.....

Dos meses despues me contaba mi buena madre que habia tenido esta terrible pesadilla en el delirio de mi enfermedad, clavando el puñal, ó mejor dicho figurando que lo clavaba en el corazón de una Lola.

En efecto; ya te he contado que me despedí de ella conceptuándome muy enfermo.

Cuando el carruage llegó á mi casa, el cochero notó que yo no me bajaba y al ver esto descendió de su pescante y cual no sería su asombro al ver que no respondía.

Entónces llamó fuertemente; pidió auxilio; puso en movimiento mi casa, sacándome del coche como muerto y . . . por fin á los 10 ó 15 dias ya hablaba algo despues de haberme hallado á las mismas puertas de la muerte.

Dicen que mi enfermedad se habia venido preparando, si bien la precipité con mis locuras de jóven.

Poco despues y ya en disposición de hablar cuanto quisiera es cuando mi madre me detalló con todo el colorido de la tragedia mi supuesto asesinato á Lola y por cierto que la pobre muchacha vino á verme. Mi madre no la quiso recibir y como mi convalecencia fué muy larga, no he vuelto á saber mas de ella.

Aun la conservo un grato recuerdo, si bien he he-

cho mis esfuerzos por no reanudar aquellos amores que pudieron ser funestos, pareciéndome á la vez que mi enfermedad era un llamado del cielo.

—Dame un abrazo porque te has vendido.

Tú no eres tal materialista, cuando hablas del llamado del cielo.

—Es verdad.

Lo confieso; sigo la corriente de un círculo al que el orgullo le ahoga.

Felizmente supe por mi banquero que Lola fué á cobrar los 1000 duros.

Por lo visto se hizo la reflexión que los duelos con pan son buenos.

En fin despues he tenido algunas noticias de esta muchacha que la hacen desmerecer algo y con todo, asómbrate, aun la recuerdo con afecto y he necesitado gran fuerza de voluntad para dominarme.

Es muchacha que me ha hecho sentir un amor, frenesí, ó delirio que me llenaba de deleite, y creéme que hubiera sido capaz de hacer una barbaridad, si no se interpone mi enfermedad.

Quien sabe lo que tu pienses.

—Qué quieres, las pasiones son como los rios desbordados que no se sabe el estrago que han hecho hasta que ha pasado la crecida. . .

—Solo te diré que Lola me hizo feliz, por mas que á tus ojos aparezca loco un amor de 5 dias que prin-

cipia por un falso asesinato y acaba por un delirio de crimen.

—Amigo te he oído con gran placer y tu historieta no solo me ha interesado, sino que ahora á mi vez te contaré otra mia.

José?

—Señor.

—Trae copas y habanos.

Lo que vas á oír es una verdad en la que acaso aprendas algo.

Ya conoces mi humilde origen.

—Y para qué traes de nuevo esos recuerdos.

—Porque es una historia escrita con lágrimas que á la vez endulzan mi alma.

Has de saber que tambien el dolor en su recuerdo tiene algo de consolador.

Todo el mundo tiene noticia del triste fin de mi querido protector, mas lo que no sabrás es que tanto él como yo teníamos la casi seguridad de una próxima separación, sin conocer detalle ninguno mas que lo que te acabo de narrar:

—Espíciate algo mas.

—Voy á ello.

No bien tuve una instrucción principié á sentir en mi brazo derecho una fuerza extraña que me era desconocida impulsándome á escribir.

Este fenómeno se me manifestó diversas veces hasta que al fin dejé en libertad ó mejor dicho no puse

obstáculos á esa desconocida fuerza y escribí sin conocimiento de lo que ponía en el papel.

Y quien te imaginas que fuera el autor de aquellos escritos?

—Quien sabe.

—Pues era nada menos que el espíritu de mi querida madre.

¡Madre mia!

—Hombre. . . deja este relato. Con él te afectas y temo. . .

—Comprendo querido tu buena voluntad.

Ya por tu mente pasa la idea de mi demencia.

—Por Dios. . . Angel; no he dicho eso.

—Si hombre; por eso no me hubiera permitido hacer á nadie esta contesión.

Una vez que tuve la creencia que ella era la que me hablaba. porque solo ella podia relatarme cuanto le oi y me trasmitió, le hice varias preguntas para persuadirme de su verdad á las que se ofreció gustosa á fin de darme mas confianza.

Ya con tales antecedentes me entregué de lleno á sus buenos consejos, mas siempre pasándolos por el escrupuloso análisis de mi razón y me participó lo que has oido.

Creo tambien me dijo que este fatal desenlace acaso fuera pedldo por el mismo D. Alejo, y aqui ya no comprendo este misterio.

No bien murió mi querido protector, quedé dueño

de su gran fortuna encontrando entre los papeles una carta escrita por mi buena madre, el mismo día que me depositó en la casa maternal, carta que D. Alejo guardó religiosamente, sin haberme hecho en vida mención de ella, porque sospechaba cual sería su contenido.

No; quiero leertela; pues cada vez que la repaso, mis mejillas se convierten en un mar de lágrimas.

—Bien; dejemos esta conversación.

—No; de ningún modo. Yo hoy veo todo muy grande; comienzo á comprender la armonia sublime con que todo se enlaza y por eso tengo confianza de unirme á mi protector y mi madre.

Mira—ya está aquí. . . tocame el brazo. Ya lo tengo sujeto á esa extraña fuerza de que te he hablado.

Mi madre me llama.

—Angel, estás bueno?

—No seas niño y perdona que interrumpa nuestra conversación.

Ahora ensaya si puedes contener mi brazo.

—Imposible.

—Y tan imposible que antes romperias mis huesos, porque hay una fuerza secreta superior á la nuestra.

—Y puedes hablar cuando escribes?

—Perfectamente. . . Ya vez como lo hago cuando solo es el brazo el que trabaja y no mi cabeza.

.....

Ya parece que termina y vamos á leer lo que dice.

“Hijo mio adorado: con cuanto placer te he oído, sintiendo no tener lágrimas para derramarlas en recuerdo tuyo.

Leo en el fondo de tu alma sentimientos grandes que te elevarán en el camino del progreso eterno.

Hoy 'principio á sentir un placer en mi espíritu, arrepentida de mis faltas, porque bislumbro el camino de mi adelanto.

Tu amigo, que en este momento te escucha tambien comienza á recibir los primeros rayos de esa luz de la verdad, y para que se persuada mas y mas de ello, lo grande que es la obra del supremo hacedor y que todo se comunica, le participo que esa Lola á la que tanto ha querido y de la que tanto ha hablado se encuentra moribunda en el pueblo de Villalba, donde tiene una hermana.

Muere arrepentida de su faltas, que fueron *algunas*, y es una felicidad que tu amigo no se haya casado con ella, porque hubiera sido muy desgraciado. Adios'

—Y que dices á todo esto?

—Que estoy verdaderamente asombrado, porque ese espíritu, si asi puedo llamarle, ha fotografiado cuanto pasa por mi interior.

Siento lo que ha dicho de la desgraciada Lola, que era un gran corazón y la recordaré siempre.

Pobre Lola. . . !

—Vamos, ahora me toca á mi vez decirte que olvides esos recuerdos no sea que te vuelvas loco.

—Nada de eso; aunque la quise con trenesi!
Estamos conformes y si me permites continuaré.

—Tienes razón; este incidente ha venido á trastornarnos y afirmote que pensaré por largo tiempo en ese dia, si bien que la carta de tu buena madre ha sido un bálsamo que ha endulzado mi corazón.

—Pues bien; creo que te he dicho que tengo una hermana y ese recuerdo y otros obstáculos me impiden que realice mi enlace con Emma.

Que buena es.

—Y quien te lo impide? cuando por el contrario de este modo te seria mas fácil buscar á tu hermana.

—Fácil me sería cuando mi voluntad es libre. Hoy no me preocupa que Emma sea Judía, porque me casaría civilmente, ó por el rito Israelista. Yo creo en un Dios, en la supervivencia eterna de nuestra alma, eu el premio y castigo de nuestras acciones y por fin en las grandeza de esa obra inesplicable para mí, en la que se encuentan tantos mundos con séres y maravillas infinitas.

Sin embargo no sé porque presiento que se ha de oponer algun obstáculo á la realización de esa dicha nuestra; sin poder hacer feliz á Emma.

—Por que?

—No lo sé. Es un presentimiento y nada mas

“Ya D. Alejo me decia que no veria con agrado que me casara con ella, aun cuando la quiso desde

niña como á una hija. Su padre opinaba de igual manera.

Y ya que de estò hablamos te contaré la historia de D. Ismael Keffel, que es como se llama su padre.

Es el tal señor un comerciante de bastante fortuna establecido en una de las principales ciudades de Rusia y si mal no recuerdo nació en el imperio moscovita.

Tu conoces cuán grande es el fanatismo del pueblo Ruso en ideas religiosas, sin poder admitir en su patria familia que tuviera otro culto que el suyo.

He aquí los motivos por los que se registran en en aquel pueblo esas tremendas hecatombes en una de las cuales fué saqueada la casa de D. Ismael, asesinada su virtuosa esposa y él y su querida hija, que no contaba mas que 6 ó 7 años, pudieron salvarse perdiendo toda su fortuna.

Tras de un desastre de tal magnitud, D. Ismael se resolvió á venir á establecerse en esta capital y luchando con mil dificultades, á fuerza de una perseverancia sin ejemplo, pudo nuevamente reacerse y llegar á adquirir de nuevo una posicion regular.

Desgraciadamente su suerte estaba marcada. Habia de sucumbir ante la adversidad. Un dia se vió envuelto en pagos por una mala voluntad hasta el punto que tenia que declararse en quiebra y lo peor de todo que ella aparecia con todos los visos de fraudulenta, sin que fuera culpable.

Otro día D. Alejo, que era aficionada á la caza tomó por la mañana la escopeta y se fué á la Florida.

Allí anduvo como aquel que no lleva mas plan que el que le marcaban sus perros.

Ya habian trascurrido 5 horas, sin que llevara en su morral mas que una pobre avecilla víctima de sus furores.

Iba á volver á su casa cuando á unos 20 pasos pudo observar que se ocultaba un hombre tras de un árbol y á su lado colgaba uua cuerda que parecia destinada á un triste fin.

Cierto presentimiento le hizo aproximarse, notando que el referido sugeto iba siguiendo los movimietos de su vigilante importuno y cubriéndose tras el corpulento tronco de un árbol.

Entonces, pronosticando algo fatal y que se trataba de un suicidio, se dirigió al sugeto, arrastrado por un sentimiento religioso y le saludó.

El suicida, que así parecia ser, le recibió con cierto desagrado, viéndose contrariado en su plan criminal.

D. Alejo fijó su primera atención en la cuerda y con una dulzura sin igual le dijo:

—Me parece que V. es muy desgraciado.

—Y á V. que le importa?

—Creo que me interesa, como me preocupa la desgracia del prójimo, y acaso yo pueda remediar sus males.

—Ante tales palabras cambió el extraño personaje

y se puso á llorar como un niño besando las manos de mi padrino.

En pocas palabras le manifestó su horrible situación, no teniendo mas remedio que matarse para no ver desonrado su nombre, confesándole que en aquel momento trataba de quitarse la vida.

—Ah; dejo una hija jóven de 12 años, sin mas amparo que el cielo . . . —le manifestó.

—Pero, dígame señor, cuales son sus pesares; por que como le he dicho, soy rico y si con oro ellos son remediables, estoy dispuesto á salvarle.

Aquel extraño personaje, que momentos antes se hallaba entregado á la mas completa desesperación fué cambiando de semblante.

Tomó las dos manos de mi padrino; se las besó llenándolas de lagrimas.

Ya completamente repuesto tomó la palabra mi padre y dijo “V. conocerá mi nombre: soy Alejo Garcia de las Heras.

Este fué el verdadero talisman que acabó de tranquilizar á D. Ismael no bien supo el nombre de su salvador, al quien lo conocian cuantos pertenecian al comercio y banca.

Entonces le contó una larga historia de sus penalidades y sobre todo el fin fatal de su adorable esposa.

Un triste presentimiento le perseguia dia y noche. La historia de sus ascendientes se hallaba llena, de

crímenes, suicidios y las mas horrendas desgracias. No tenia esperanza alguna en un final tranquilo, si no muy lúgubre.

Siempre soñaba en el asesinato .

Con todo se tranquilizó algo y tomaron los dos un bocado de algun fiambre que D. Alejo llevaba en el morral.

—He oido su historia reducida hoy á la ingratitud mas negra de un llamado amigo que no solo le ha robado, sino que ha puesto en peligro su honra, sin que V. pueda justificarse.

Esto no es nada. Esté tranquilo; viva para su querida hija; tenga confianza en Dios y ahora vamos á mi casa y le abriré un credito de . . .

—De 200,000 francos.

—La cantidad es algo fuerte y será preciso que este préstamos se lo haga enterándome del estado de sus libros.

—Perfectamente señor.

En fin, para finalizar, mi buen tutor vino muy tarde á casa.

Yo me hallaba sumamente impaciente, hasta que por último ví llegar á mi querido padrino con un señor anciano de barba blanca y sembrante muy apagado.

Fuí presentado á D. Ismael.

Almizamos alegremente, sin estar en antecedentes del origen de aquella relación y ambos señores se

encerraron en el estudio, y todo quedó completamente arreglado.

Poco dias despues mi padrino me llevó á casa de D. Ismael y tuvimos el gusto de conocer á su encantadora hija.

No era hermosa, y sin embargo habia en ella una mirada llena de dulzura que cautivaba. Era un ángel.

La niña que contaba unos 12 años besó á mi protector, del que ya sabia su grandeza, y me estrechó las manos con el cariño del verdadero hermano.

Aquella visita de 3 ó 4 horas crei que habia pasado en seguida y Emma y yo nos prometimos vernos á menudo.

Desde entonces repetimos nuestras visitas.

D. Alejo principi6 á temer por mí pasión á Emma y me significó que tendria un sentimiento que alimentara aquellos afectos con Emma para un dia hacerla mi esposa.

El la queria como hija, pero no deseaba unir mi suerte á la de una familia maldita y sobre todo que era judia.

Yo traté de tranquilizar á mi padre, sin ocuparme por entonces de lo que habia de resolver, si bien comprendia que en mi corazón se desarrollaba una pasión á Emma que no era la del hermano

Ya era tarde para mandar al corazón.

Habia sentido unirse los puros labios de mi Em-

ma á los míos para jurarnos un amor de esposos y me embriagaba al aspirar sus encantos.

Por su parte D. Ismael era de la misma opinión que D. Alejo.

Era un judío de fé ciega que esperaba aun la venida del Mesías y hubiera querido ver enlazada á su hija con uno que no fuera católico.

Así han seguido nuestras relaciones en que Emma y yo nos hemos declarado nuestro amor, prometiendo llamarla mi esposa *no bien* resuelva un sagrado deber de familia (me refería á mi hermana).

Sin embargo desde la muerte de mi padre ó mejor dicho, hace muy poco. siento que hay algo ó acontece algo sério en Emma. La veo pensativa y yo en mi deber no le pregunto que tiene y frecuento menos la casa. Acaso esté equivocado.

Que será? No lo sé. Pero he de averiguarlo.

.....
Ambos amigos permanecieron algun rato en silencio, sin duda impresionados por sus muchas revelaciones.

Habían habierto todas las bálbulas de sus corazón y necesitaban descanso.

La discusión terminó, prometiendo Luis y Angel verse pronto y preparar un viage para ir en busca de la hermana de este.



CAPÍTULO V

Tres pájaros de cuenta

EN la narración amorosa que hizo Luis á su amigo se recordará que tubo que arrojar de la casa de Lola á un estraño personage del que no se ha vuelto á hablar mas, ni se dieron detalles de tan oscuro incidente, en que parecia el incógnito como si fuera un delincuente.

Este en su huida dicen que lanzó á su rival una mirada de venganza, que tarde ó temprano debia de dar sus frutos, siendo sensible que de ello no se hubiera apercebido el feliz y nuevo amante.

El incógnito pecador, ó criminal, que para el caso es lo mismo un título que otro, salió de la casa per-

diéndose en el laberinto de calles de la coronada villa, sin que de él se haya sabido su nombre hasta la fecha, razón por la que el lector desearía encontrarse casual ó intencionalmente con el tal personage, tanto mas cuanto parece que desempeña un papel interesante en la historia del niño espósito.

Rómulo Rodrigo de la Rosa, como así se llamaba, era muy fácil de encontrar.

Hay quien cree que sus antecesores poseían pergaminos, pero el tal Rodrigo hizo bien de no acordarse de los timbres de sus mayores.

Dos eran sus permanentes moradas, como abonado número 1º, donde allí seguía por el torrente de sus pasiones, sin dar valor á la impulsión que adquirían día tras día, ni pensar en los efectos de esos orígenes del mal.

Aquellos garitos eran las casas de juego y otras todavía menos santas, que nuestra pluma pasa por alto, temerosa de herir los oídos de alguna lectora.

Contemplando con calma al tal personage, cual si uno quisiera hacer su exacta fotografía, diríase que su figura no era mala, antes por el contrario se notaba en él un aire nada vulgar, ni su vestir era amanerado, sino mas bien con visos de elegante, en cuanto lo permitían sus ya usadas pero limpias ropas.

Era hombre que dedicaba horas al cuidado de sus uñas, hasta en la misma calle, operación peculiar del

que tiene en poco á los demas y se olvida del respecto que se debe á si mismo.

Llevaba una elegante cadena que parecia de oro, con la que entretenia su mano derecha, si bien habia quien hubiera creido que el reloj se hallaba empeñado ó por comprar al ver esos mismos movimientos de su mano.

Por fin no le faltaba palabra atrayente hasta en los momentos mas difíciles, grata conversación y cierta instrucción, disponiendo de la mentira bien estudiada para enredar al firmamento y sacar de sus casillas á una inocente criatura.

Era lo que se llama un gran táctico en materia de amores, pero no tenia opinión alguna política, ni menos creencia religiosa.

Su vicio predilecto, entre los varios que alimentaba, era el juego, sin que se le conociera otro hogar que los ya dichos, como acontece á tantos otros que corren en pos de las aventuras que proporcionan aquellas fuentes nada límpidas.

El dia que nos ocupa parecia el tal Rodrigo que queria significar á todo el mundo el estado deplorable de su hacienda y aquí su inteligencia ó ingenio del tunante le sugirió medios de explotación, aunque ya gastados, y entre esos filones metalúrgicos figuraba la *amable* é inocente Lola, que felizmente conoció á tiempo al hombre que se le entraba en casa para explotarla de la manera mas indigna.

Entre tanto se presenta en la escena el jóven D. Luis en el acto que se hallaban Rómulo y Lola librando una gran batalla, de la que habia de ser víctima Lola.

El incidente en nada inquietó, ni tuvo preocupado á nuestro hombre.

Como tantos otros merodeadores de las casas de juego tenia la rara habilidad de preparar una historia, un invento, una poesía y hasta alguna obra de *caridad* para pedir dos pesetas á algun afortunado, consiguiendo con ello alguna vez, entre las infinitas, sacar 40 ó 100 duros, si acertaba 5 ó 6 golpes seguidos.

Así continuó nuestro héroe, sin salir de aquella situación, hasta que de la noche á la mañana se nos presenta jugando con fortuna en grandes sumas y por fin tallando, debido sin duda alguna á uno de esos audaces golpes con sus consabidas dos ó cinco pesetas.

En esos centros todos cuantos se hallan son jugadores, pero hay sus categorías, como la habrá entre criminales y presidarios.

Los del mismo orden ó altura se atraen, como acontece á los pícaros, por su manera de pensar, resistiéndose toda discusión entre la ignorancia y la ciencia, la virtud y maldad, salvo casos excepcionales.

Así por esa extraña ley de atracción fué muy fácil estrechar su amistad ó relación al jóven Rómulo con D. Andrés Carranza, pájaro de cuenta hasta entre

los mismos del oficio, aunque creia hallarse comprendido en categoria algo subida, máxime en aquellos momentos en que la suerte le era propicia.

Estos dos tipos, cuando tenian capital, lo cual se ofrecia pocas veces, eran honorables en la acepción comercial, llenando religiosamente sus compromisos, aun cuando jugaran de palabra; mas hay del desgraciado que cayera en sus garras, porque allí no se encontraba ni un sentimiento bueno, y aun habria quien hubiera aventurado á afirmar que no habia de temblar la mano de estos consocios para cometer un crimen.

He aquí los nuevos personajes, y ya los tenemos de banqueros afortunados en los días á que nos referimos, habiendo dejado en la miseria á mas de 20 infelices, no faltando quien saliera del juego dispuesto á levantar las tapas de los sesos, sin saberse si lo llevó á cabo ó se tomó tiempo para pensar sobre resolución tan capital.

Andrés, que era hombre de gran golpe de vista, comprendió que habia en Rómulo una buena cualidad y es la de la obediencia, como buen soldado; he ahí la razón por que se unió á él, para tenerlo disponible en los días de peligro.

En resumen: el oro de la banca habia pasado en su casi totalidad á manos de los felices *banqueros*, amenazando cerrarse la casa por falta de nuevos clientes, si

sus agentes no traian otros incautos, para caer en aquel abismo sin fondo.

Por tales razones resolvieron ensanchar el campo de sus operaciones, volviendo á la bolsa.

Allí se les ofrecia un horizonte mas vasto; allí parecia que se lababan de sus pasados hechos, entrando en la categoria de los grandes rentistas, título que ya les era necesario para olvidar el de *claque* á que habian pertenecido.

Rodrigo y Carranza eran á la fecha unos personajes, proyectando cuanto pudiera halagar á sus pasiones, sin entrar en mas detalles de una vida, cuyo boceto habria podido trazarlo el artista menos práctico.

Ambos acababan de descender en la Puerta del Sol de la elegante carretela de Carranza, y como dos camaradas antiguos se dieron á caminar del brazo cruzando por los puntos mas céntricos y concurridos de Madrid.

Así marchaban en animada conversación, cuando casualmente se encuentran de frente con Luis y Angel que parecian sumamente animados en otras pláticas mas nobles y cristianas.

—A quien has saludado mi buen Andrés?

—A ese necio del filántropo, ó expósito que pretende que lo canonicen para que las beatas le canten el *gloria*.

—Y no conoces á su acompañante?

—No, ni quiero saber quien es.

Solo he tenido la desgracia de habérmelas con ese nuevo *santo* y confíesote que me son repelentes todos esos seres que se separan de lo razonable y pretenden imitar á ese Jesús *imaginario* que no ha existido.

No hay efecto sin causa y aquí la causa de todo lo que hace ese loco es la enfermedad de su cabeza.

Figúrate que hace poco perdí en la Bolsa, siendo deudor de una fuerte suma á ese santo varón.

Desempeñé mi comedia á las mil maravillas presentándome como un padre de familia. Le pinté la situación de mis hijos y *mi esposa*. . . .

—Já. . . já. . . já. Qué sublime ensalada.

—Y el hombre entra á darme consejos, como si fuera mi preceptor.

Felizmente no tuve necesidad de su ayuda, porque al siguiente dia me favoreció la suerte y los enredé con promesas hasta que llené en parte mis compromisos.

Baste decirte que le hablé del suicidio. . . Yo. . . Andrés Carranza, pensar en suicidarme. Já. . . já. . .

Con este motivo me reprobó ese hecho horrendo de que debieron hablar los santos padres y. . . madres.

En fin, querido, tengo deseos de demostrar á ese santo del cielo que soy mas listo que él y tentado me encuentro de jugarle una que repercuta de polo á polo.

—Bravo. . . Bravísimo. Soy todo tuyo, máxime que su acompañante tambien me jugó otra muy bue-

na con una muchacha llamada Lola, muy tonta, pero muy *caritativa*. Esto me enciende la sangre.

Así tengo mis deseos de volverle las tornas hasta que le llegue al corazón.

La chiquilla era demasiado inocente, razón por la que no me convenia del todo.

—Aquí lo que corresponde es aliarnos ofensiva y defensivamente contra esos dos colosos de nombre y capital, tan funestos para la sociedad liberal.

—Grande idea . . . aceptada . . .

—Aceptada . . .

Si quieres formularemos nuestras bases de coalición.

—No hay necesidad entre caballeros como somos é incapaces de faltar á nuestra palabra.

El objeto es aliarnos para vengar nuestras ofensas, y las que estos desdichados hacen contra todo lo que quiere el liberalismo moderno.

Luego si te parece principiaremos por despachar al filántropo ó simplón del expósito . . . y luego entraremos con tu rival.

—Muy bien dicho . . . Grandioso pensamiento, digno de un genio como tú.

—Y le robamos la dama . . .

—Sublime: piramidal . . .

—Y . . .

—Asombroso, bravísimo. Pero dime cómo se llama ella . . .? Esa nueva Elena?

—Es una judía . . . preciosí . . . sima . . .

—Y judía . . . ? magnífico . . .

Guerra pues á los judíos y sobre todo á las judías.

—Sí señor; y es bocato di cardinali.

—Sin ser católica?

—Sin serlo. Ya te he dicho que es judía, por eso es *bocato* para cardenal . . .

Por lo demás ya he dado mis pasos y manejado las *barajas* con tal acierto que hoy tengo á los novios medio desquiciados. No faltaba mas . . . !

Ahora solo me hace falta uno de esos muchachos . . . de provecho, por si se presenta en el camino algun obstaculillo.

—Cuenta con él.

—Cuando?

—Mañana mismo. Y si te place haré que vaya á tu casa . . .

—Bien; entonces hasta mañana ó mejor dicho hasta la noche que nos veremos en la banca . . . !

—Adios.

.....
Pocas horas despues se dirigia Rómulo hácia ciertos barrios, que parecia le eran muy conocidos.

Poco le costó dar con el hombre que habia prometido á su consorcio, hasta el punto que con toda seguridad se dirigió á una taberna de mal aspecto donde halló lo que buscaba.

El nuevo sugeto era mozo de unos 28 años, cuyo

semblante no era de aquellos en los que se hallaba impresa la mirada del criminal: pero se notaba en él la vida del vicio mas completo.

Su traje era modesto, con todo el perfil del *chulo* ó compadrito .

Hallábase en aquel momento en una taberna jugando al naipe con otro de la misma escuela ó catadura.

No bien vió á Rómulo suspendió su partida, que no habia de ser muy importante; pagó su cuenta y se dirigió á él con aire de completa confianza como antiguos camaradas.

—Cómo te vá, Manolo?

—Aquí estamos mano sobre mano, sin que caiga trabajo. Los negocios andan mal.

—A eso mismo vengo para ofrecerte una ocupación.

—De qué se trata?

—No lo sé de una manera segura, pero creo que sea cuestión faldas.

Así mañana te vás á casa de mi amigo D. Andrés Carranza que vive calle de Hortaleza, núm. . . . y te presentas á él en mi nombre, siendo recibido inmediatamente.

—Está bien: no faltaré.

—Entonces hasta mañana.

—Hasta mañana.

El nuevo personage que entra en escena y desconocido para el lector no lo era así para la policía, donde tenia varias entradas y sus complicaciones en un ho-

micidio del que pudo salir, liquidando sus cuentas con tres años de cárcel.

Al siguiente día entraba Manolo en la casa de Carranza, anunciándose como recomendado de Rodrigo.

Seguidamente D. Andrés le hizo pasar á su despacho quedando los dos sorprendidos.

Yo te conozco, dijo Carranza á Manolo.

—Y cómo no me ha de conocer Vd. que me dejó plantado en aquel hecho del pañero de Antequera.

--Ciertamente...! Qué travesuras se cometen de jóvenes...! Eres un guapo muchacho.

—Si es verdad; Vd. ha subido y yo he bajado... .

Carranza se rehizo colocándose en la actitud del jefe y recibiendo á Manolo como soldado de línea.

En breves palabras le expuso que se trataba *simplemente* de un asuntillo amoroso en el cual Manolo habia de facilitarle la entrada en la casa de un judío, para lo cual se hacia necesario que antes ganara con calma y buen tacto á la cocinera ó sirvienta.

Manolo accedió, no sin cierta desconfianza por la persona con la que tenia que habérselas, ya conocida por él. Sin embargo, antes de partir le preguntó á Carranza, si no habia que *despachar* á alguno.

—Nada de eso *hijo mio*... aquí es honorable cuanto vamos á hacer. Seguidamente le dió un billete de á 200 pesetas para que se preparara en sus trabajos.

—Y el nombre de la dama?

—La niña so llama Emma. Vive con su padre Don

Ismael Keffel, y en estos dias tratan de ir á veranear á Chamberí.

Con estos datos se despedia Manolo para estudiar su plan amoroso, único que habia de desempeñar por mas que algun escozor le quedara, dado el personaje con el que habia tratado.

D. Andrés antes de despedirse le animó manifestándole que corria ya por su cuenta su protección.

Ya están en escena tres nuevos personajes que van á desempeñar papeles interesantes y á cuyos perfiles conviene darles el último toque ó entonación que los presente tal cual son en sí, ó con su verdadero carácter.

Andrés Carranza era uno de esos hombres que el trenólogo llamaria de sentimientos perversos, encubiertos con una hipocresia refinada.

Odiaba la virtud y todo cuanto respirara amor.

Eu aquel espíritu lleno de la mas refinada maldad no cabia nada absolutamente bueno.

Alimentaba el mal como elemento de su vida.

Su corazón era un fóco de podredumbre.

Era perverso, fisiológicamente hablando, por su mismo organismo, aun cuando hay escuelas que creen que el espíritu viene á este, ó los demás planetas con la misión de purificarse ó pagar sus deudas, y continua

llenando las páginas de su larga historia que juzga su misma conciencia.

Mas volvamos á los actores.

Su compañero Rómulo Rodrigo no tenia ni con mucho tan mal fondo.

Solo se habia educado en centros de que se ha hecho mención, y en ellos, sin querer, se pervierte el espíritu rodeado de una atmósfera que envenena.

Rodrigo pudo ser conducido al bien, como al mal, llevado en sus primeros años por buen ó mal camino. No tuvo un timonero de brazo firme y he aqui sus resultados.

En cuanto á Manoto, que jamás conoció familia, era un espíritu ó alma bulgar, sin noción alguna del bien, ni menos de la misión del hombre en la tierra.

Desde su infancia se vió envuelto en un ambiente pestilento, que narcotizó su corazón y ya para él no habia sentimientos del alma, sino la materia que impera.

Al frente de tan tristes personajes se destacan el noble y elevado espíritu de Angel lleno de amor y fraternidad, arrancando de alma tan noble ideas puras y concepciones cristianas.

Hay por fin otro actor, que aunque muy distante de parecerse á Angel, hablamos de Luis, era sencillo, si bien ligero, en el que no cabian torpes ideas que pudieran envenenar su espíritu.

Mas porque esta diversidad de caracteres y desigualdades de la vida?

Son estos debido á Dios, ó reina el libre el alvedrío en el sér pensante?

Claro es que en el espíritu ha de haber libertad para marchar por la senda del bien ó del mal y pues existe esa libertad, sin duda alguna que ha de ser él quien elija esos campos de acción tan distintos, sin que pueda atribuirse á Dios esas desigualdades de la vida.

Temas son estos que no puede desenvolverlos el catolicismo, si cree que la existencia del hombre está reasumida á ese limitadísimo tiempo de dias y aun horas que descansa en este planeta.

Estos cinco personajes, que son verdaderos peregrinos en el camino de su progreso, siguen rumbos al parecer diversos, pero estudiada toda la historia de sus actos, allí se encuentra el adelantamiento, como se viene notando en el carácter é inteligencia y sociabilidad de las humanidades actuales, comparadas á las de los primeros siglos, de que nos habla la historia.

Es posible que se argüia diciendo:

Quando llegarán á reunirse esos espíritus tan distintamente preparados en su adelantamiento?

Dad al tiempo el valor necesario para que se resolviera ese gran problema en el espacio infinito y allá . . . se encontrarán á esos cinco espíritus ya purificados contemplando las grandezas de la obra universal.

Mientras tanto dejese á cada uno de los cinco personajes pasar por ese torrente de los hechos, los unos preparandose á perpetrar un crimen, á la vez que los otros se aprestan á hacer un viage de recreo, aspirando un ambiente de dulzuras nacido de sus mismos sentimientos.





CAPÍTULO VI

Baden - Baden

VARIOS son los acontecimientos que han tenido lugar, algunos de ellos dolorosos, despues del dia en que los dos estimados jóvenes y amigos Angel y Luis marchaban del brazo como hermanos por los centros mas concurridos de la capital. Parecia que el espíritu del mal se habia empeñado en tomar una parte muy activa en la vida y escenas de aquellas almas nobles declarándoles una guerra cruel.

Mas antes es indispensable hacer una ligera pintura de las costumbres y modo de vivir de Emma y su anciano padre.

Padre é hija, seguian ó practicaban con toda severidad los ritos y rezos judáicos.

El adoraba á su hija y Emma amaba entrañablemente á su padre.

A nadie ocultaban que eran judios, persuadidos de que su religión era la verdadera.

En la casa no habia mas voluntad que la de la hija, única que tenia el padre y el único ser en el que reconcentraba todo su amor y su sueño.

Era esta niña de un semblante agraciado, sin poderse llamar hermosa.

Su educación era esmeradísima y en especial de un trato que llenaba del mayor deleite á cuantos la trataban.

Cantaba con gran sentimiento, como si por el canto transmitiera las dulzuras de su alma, siendo su voz grata, aunque no extensa, y dominaba el arpa como lo haria una gran profesora.

En una palabra, Emma era un brillante desconocida de todos menos de Angel, porque su padre avaro en riquezas, como comerciante judio, lo era tambien del amor de su hija y habia querido ocultarla del mundo, aun cuando no le fué posible del expósito.

Ya conoce el lector algunos de los cuadros de la vida de esta distinguida familia, razón por la que D. Ismael habia depositado todas sus afecciones, hasta su voluntad en su amada hija, que vivia entregada á su hogar, los libros y los rezos.

Emma ya por temperamento, ya porque así se habia educado, tenia la fatalidad de interpretar la palabra dignidad erróneamente y confundirla con un extraño orgullo del que no sabia darse cuenta á sí misma.

Comprendia que habia de ofrecerle alguna vez desagrados su propio caracter, mas no podia remediarlo ó corregirse.

No por eso desmerecen en nada sus relevantes prendas en virtud, amor filial, educación, sentimientos, inteligencia, caridad y amor á Dios. Era pura virtud.

Hay que recordar que Emma y Angel de muy niños se amaban.

Emma en su edad que llamaremos infantil, habia hecho revelaciones á Angel, que este en su calidad de prometido no les dió á su debido tiempo el valor que encerraban para la mujer, y esto fué una de las causas que Emma creyera llegado el momento de suponerse herida por aquel que debia comprenderlo, prometiéndose en su orgullo no darle, ni exigirle mas explicaciones despues de las dadas, por mas que Angel insistiera en ello.

Emma creia que era el deber de Angel estudiar el porque de su desagrado.

En fin le habia significado de la manera que sabe hacerlo la mujer con alto grado de delicadeza su situación, la edad avanzada de su padre, sus tristes presentimientos y en consecuencia la necesidad de dar fin á sus angustias, sin mas amparo en el mundo que

aquel ser decrepito cercano á la muerte, cargado de dolor y pesares.

Ultimamente acentuó todos estos detalles de una manera altamente significativa, que no le dió Angel todo el valor que encerraban en sí ó los desatendió.

Todo esto inquietaba á Emma que dia tras dia se manifestaba quejosa, mas guardando de ello tan funesto silencio.

Angel por su parte no dejó de comprenderlo, pero á la vez tenia por medio, á su juicio, otros deberes que conceptuaba preferentes. Ella al ver el silencio de éste fué para sí una herida que recibió, herida que la conceptuó como una ofensa. Aquí dimanó su aparente enfriamiento, porque en el fondo la abrasaba un amor sin límites por su Angel.

Asi marchaban las cosas de peor en peor preparándose los elementos de una gran tormenta, hasta que Angel se decidió á provocar una discusión seria con Emma, para dar fin á un estado de cosas que le aniquilaba, cuando recibe una carta de su amigo Luis que decia lo siguiente:

Angel: anoche dejó de existir mi querida mamá. tú sabes cuan grandes son estos pesares.

Me ahoga el dolor.

Quieres acompañar á tu verdadero amigo en estos momentos de prueba?

Luis.

Angel no perdió un momento corriendo al lado del amigo y allí largo rato abrazados, derramó Luis lágrimas abundantes en brazos del amigo verdadero.

A su lado ya se sintió animado, — Angel le haya hecho conocer los primeros rayos de una luz deslumbradora por un camino nuevo que creia el de la verdad.

Angel desde ese momento dió mil disposiciones y llenó los deberes del hermano mayor en aquel dia angustioso, haciéndose cargo de cuanto era necesario para dar digna sepultura á la madre del amigo, y llenar ciertas atenciones sociales.

Diez dias despues Luis quedaba dueño de un pequeño patrimonio, como hijo único de Dona Rita viuda de La Puerta, cuyo finado fué consejero de Estado.

Esto unido á la hijuela, que poseía de su padre formaban en total una pequeña herencia.

Ya tranquilo, su espritu, Angel le significó la necesidad que sentia de viajar, manifestándole los amargos ratos que pasaba por no comprender bien la voluntad de Emma, ni poderse esplicar las causas que jugaban en todo aquel su mal estar, dado el talento y virtudes de aquella niña.

Apesar de todo no dudaba de su cariño, atribuyéndolo mas bien á su falta de tacto; mas de todos modos su dolor era amargo.

Pocos dias despues los dos amigos concertaban un

viage hácia la Suiza, dejando las casas abiertas en manos de sus fieles y antiguos servidores.

Angel por su parte habia manifestado esta resolución á la Emma, y si él hubiera sido mejor fisonomista, acaso habria podido ver que á los ojos de la que tanto le quería asomaba una lágrima, que ella procuró ahogar en su mal ó bien entendida dignidad.

En consecuencia siguió sin darle esplicación alguna de su enojo, viniendo aquel acontecimiento á desviarla mas de él y mas por aquel momento.

Al siguiente dia Emma recibia de Angel la carta que sigue, carta que besó cien veces en el silencio y llenó de lágrimas, de amor y de profundo dolor.

Querida Emma: eramos casi niños cuando tuve el inefable placer de conocerte.

Desde ese dia principiaron á sentirse unidas nuestras almas hasta que tus labios y los míos sellaron esa unión para siempre, como promesa indestructible.

Desde entonces has hecho sentir en el fondo de mi alma una pasión que me arrastra á ti, queriendo enlazar mi voluntad y todo mi ser en el tuyo.

Si á esto se llama amor, tú me has infiltrado esa dulce pasión, sin que crea posible mi vida sin ese fuego con que la alimentas.

Pero una nube se ha interpuesto estos dias entre nosotros, que creo desaparezca, por mas que me afecte hondamente, al no hallar la causa, necesitando de tus miradas como del aire para respirar.

Hasta mi mano escritora, por no culpar al espíritu de mi querida madre, se niega á darme los consejos para esplicarme las causas de este peñar que me ahoga.

“Emma mia, parto por dos meses, pero llevo impreso tu nombre en mi alma, dispuesto á mi vuelta á cumplir religiosamente aquel recuerdo y hacer tu dicha, que es lo que ansia con toda su alma, tu

Angel.

Despues de leida esta carta por Emma creyó que habia observado una actitud algo dura con Angel, pero su temperamento no era de los que corrigen los errores del pasado en ciertos detalles de la vida.

Emma le escribió con excesivo laconismo, deseándole feliz viage. Nada mas decia.

—

Pocos dias despues Angel y Luis partian á Barcelona por el tren de Zaragoza, para de allí dirigirse á Marsella por el Mediterráneo y desde el gran puerto francés tomar una línea del norte, camino de Suiza, canton de Argovia donde se halla la ciudad de Baden—Baden.

En su elección Angel habia seguido los impulsos de su corazón, sin contar con el espíritu de su madre, que ya en diversas ocasiones le habia manifestado que solo cabia en ella darle consejos llenos de moral, si es que los pedia.

Pasamos por alto todo el trayecto de 20 horas de tren hasta Barcelona en que se hace cansador el balanceo de los wagones y sus trepidaciones.

Los dos amigos no se hallaban muy expansivos, sin duda impresionados cada cual por su estilo, hasta el punto que un buen observador habria creído que eran dos estraños los que tan silenciosamente viajaban.

Ya en la ciudad Condal tampoco quisieron detenerse en ella, tomando pasaje en el primer vapor que habia de salir para Marsella, cuyo trayecto es de uno ó dos dias.

Aquellos dos amigos verdaderos parecia que necesitaban hallarse en alta mar para romper su silencio y dar al aire el canto de sus penas y dulzuras.

—Paréceme querido Angel que no eres feliz. No veo en tí aquel semblante lleno de alegría.

En verdad Luis. Tengo una gran pena de haberme separado de Emma, sin haberla llamado mi esposa, y acaso ella viera en el mañana de nuestra existencia algo mas de lo que yo veo.

Por eso deseo dar fin á este viage que ante ayer principió y no sé como acabará para hacerla feliz. ¡Ah si ella leyera en el fondo de mi alma!

— Bueno amigo, tú tendrás mucha razón, pero hagamos un pequeño paréntesis, dejándonos de amores y sentimientos mugeriles, para vivir alegremente, contemplando ese cielo y mar que en este momento se ofrece á nuestra vista. . .

¡Ah! tienes razón; cuando fijo mis miradas en ese infinito cielo en el que viven en armonía millares de mundos, soles y séres me parecen pequeños y hasta este mismo mar en el que reinan millares de millones de animales y hay tantas maravillas que contemplar.

Así fueron pensando nuestros jóvenes, é interrumpiendo sus ratos con lectura, hasta que al fin se ofreció á su vista el gran puerto de la Francia en el Mediterraneo.

Era el de Marsella, donde allí se estrechan los lazos de todos los pueblos del mundo.

Despues de desembarcar no se detuvieron ni un solo instante, mas que lo necesario hasta la salida del tren: directo camino de Zurit.

Angel hacia dias que no llamaba al espíritu de su querida madre, del que se hallaba quejoso, la que le manifestó que no le era dable satisfacer sus curiosidades, pintándole el porvenir, sino simplemente consejos, como se lo habia manifestado otra vez, siendo el caso de su protector un hecho escepcional, del que no sabia darse esplicación.

Al fin los viajeros llegaron á Baden—Baden al siguiente dia de una partida, siendo las 9 de la noche.

Alli pidieron ir al mejor Hotel y sin propósito de poner obstáculo alguno se les conducia al que segun las apariencias debia ser de los mas selectos.

Angel al salir de Madrid habia pedido cartas comer-

ciales, de dos ó tres casas de banca, llevando letras sobre las mismas.

Ya alojados en uno de los mejores hoteles, Angel, contra su costumbre, no economizó en el gasto de sus salas—habitaciones y en igual proporción pidió el servicio de mesa y coches.

Dos horas despues pasaba el dueño del hotel á visitarlos, ofreciéndose en todo para baños, ruleta. . . etc.

Esto complacia á los viajeros, no porque pretendieran jugar, siendo sobradamente ricos para sus necesidades, sino porque querian conocer esas impresiones y cuadros que ofrece la vida del jugador y la mesa de la ruleta.

Baden—Baden es una ciudad situada sobre el rio Limmath, con su magnifico puente y una posición cosmográfica llena de encantos por su caprichosa topografía, donde la mano creadora arrojó toda la poesia en aquel rincón, si es que cabe poesia para el corazón del hombre en la corteza térrea, mientras los mundos y soles cantan las grandezas y toda la poesia de la creación se siente en su magestuosa marcha.

Baden, situado al pié de los Alpes dispone de muchos edificios para baños y aguas sulfuroso-medicinales.

Sus edificios notables son pocos, figurando en primera línea el Hotel de Ville, en el que el Mariscal Villars y Eugenio de Saboya firmaron la paz, poniendo fin á la guerra de sucesión”.

Aquí llegaban nuestros viajeros en detalles de la historia que se proponía hacerles el dueño del establecimiento, hasta que al fin simpatizando con ellos, ó con sus bolsillos, se ofreció á presentarlos en la casa inmediata, residencia de la Baronesa XX, donde habia su ruleta, pero de confianza, sin que pareciera en ella la señora, persona distinguida, que tenian sus soirees particulares.

Aquel dia y el siguiente nuestros amigos lo pasaron dando una vista, por todo, sin darse cuenta de tanta belleza. Por la noche Mr. Le Roy dueño del Hotel, de punta en blanco manifestó á los jóvenes que se hallaba dispuesto á hacer la presentación.

Poco despues nuestros amigos se hallaban ya dispuestos para asistir á la soiree.

Fueron presentados á la Baronesa con los nombres de El Vizconde del Romeral (refiriéndose á Angel) y el señor de Casa Dorada por (Luis).

La baronesa los aceptó con la amabilidad que le era característica. Hablaron de España y dijo que tenia gratos recuerdos de ella, generalizándose la conversación.

Una hora despues se despedian los viajeros, ofreciéndoles la señora de la casa presentarlos al siguiente dia á su hija, que en aquel momento se hallaba indispuesta y aun no sabia si su enfermedad se prolongaria dos ó tres dias mas.

De allí pasaron á la ruleta, entrando en conversación

con varias personas, donde pudieron oír que la señorita hija de la baronesa no solo era una de esas figuras que arrebatan, sino un modelo de virtudes, aun cuando colocada al borde de un precipicio, lo cual era aun mas admirable y en cuyas virtudes se habian estrellado tantas pasiones nada santas.

Es por lo que muchas veces aquella preferia pasar encerrada en su estudio, sin exhibirse en aquellas soírees de confianza, que daba su *mamá* la Baronesa, interpretándose de mil diversas maneras su aislamiento social.

El siguiente día lo pasaron recorriendo las inmediaciones, para poder contemplar mas de cerca los diversos panoramas que se ofrecian á su vista en un pais tan lleno de accidentes y prominencias tan acentuadas.

Despues de una comida que fué animada, se vistieron para visitar tercera vez á la Baronesa, la que los recibió con muestras de una distinción sin ejemplo, pues que sabia la filiación de ambos, y aun cuando á esas soirées no acostumbraba á asistir su hija, no tardó en aparecer, siendo presentados á ella nuestros dos viajeros. A su presencia quedaron verdaderamente admirados de los encantos de la señorita *Ana*.

Era *Ana* jóven de unos 26 á 28 años, aunque no representaba sino los 20.

Todos los elogios que de ella se hacian eran pocos, no solo por su figura y elegante vestir, sino que enamoraba con su dulce y angelical palabra.

Los dos amigos á porfia se disputaban el honor de ser los admiradores de *Ana*, que como pocas veces se encontraba sumamente complacida con aquella compañía.

Angel, en especial se admiraba del acento y aire verdaderamente español de aquella niña, y á la par recibia golpes en el brazo que parecia fueran un llamado de su madre.

Ya hacia largo rato que los dos amigos parecia que luchaban como rivales por conquistar el corazón de Anita, cuando á ruego de todos se puso á tocar el piano, en cuyo interregno Angel se rehizo, contemplando aquella preciosa fisonomía que por momentos le atraia con una fuerza estraña é irresistible.

De buena gana habria recurrido á la escritura, mas no era el momento oportuno: Luis por el contrario, menos pensador admiraba en *Ana* sus miradas seductoras, su boca provocativa, su perfil, contornos, en una palabra, se avergonzaba de cómo pudo amar á Lola.

Luis principi6 á sentir celos de su amigo. Estudiaba todas sus palabras y miradas que dirigia á *Ana*.

En fin, temia no tener el talento de Angel para ser el predilecto entre los dos amigos, y sin embargo con dolor el mas profundo observaba un interés entre *Ana* y Angel del que no se daba cuenta que tal pudiera caber en tan cortisimo tiempo.

Ya la conversaci6n se hizo muy animada entre los

tres, buscando Angel el medio de hacer recaer aquella sobre las casas de expósitos.

Luis no comprendia el alcance que pudiera tener aquel tema, que principiaba á desenvolverlo Angel con gran talento, mas no así *Ana*, que desde aquel instante, sus miradas á Angel se hacian mas penetrantes y hasta parecia que perdia el color.

Entonces Angel pretestó levantarse con cualquier objeto y desabrochándose el chaleco y pochera de la camisa, pudo sacar la medalla que le habia legado su madre, de manera que fuera visible á *Ana*...

—Qué veo... vos... tú...

Permitidme señor que contemple bien esa medalla.

Es la misma... sí.

No es un sueño...? ¡Madre mia!

—Sí mi querida hermana. Abraza al expósito!

—Hermano querido. Madre... mia...!

—Hermana mia. Madre querida...!

.....
.....

Solo Luis en el acto comprendió lo que significaba aquella escena casi muda y grande que á él mismo le hacia llorar como un muchacho, en la que dos seres al parecer extraños se estrechaban y colmaban de mil caricias.

Un cuarto personaje á saber, la supuesta Baronesa, tuvo que llevar el pañuelo á sus humedecidos ojos, porque recordaba al que ella misma habia lanzado al

torno, como ya habrá podido comprender el lector.

Momentos despues Angel presentaba á su hermana Irene y no *Ana*, ante los concurrentes á las soirees con el asentimiento de la supuesta Baronesa, y Luis abrazaba con la efusión de su alma al amigo por el encuentro tan feliz, estrechando las manos de Irene *su mejor amiga*, y congratulándose de no tener por rival á Angel.





CAPÍTULO VII

Un duelo á muerte

LA noticia de tan novelesco incidente se propagó por la ciudad con celeridad eléctrica.

La prensa local y extranjera habló de ella comentando y ampliando lo acontecido, formando al fin una verdadera novela, si bien que en nada era desfavorable á los protagonistas.

Ya se sabe que la supuesta Baronesa XX era la misma Angela, que en un dia fatal habia colocado al espósito rodeado de flores y blondas, en el momento que su desgraciada madre lo abandonaba, razón por la que en ese dia se vió á Angela verter sus dos lágrimas de placer y dolor, pues que en verdad tenia un

fondo sumamente sensible, por mas que fuera algo libre en su manera de ser, hijo mas bien de las fuentes en que se habia alimentado.

Los dos hermanos necesitaban tener una larga conferencia, llenándose de alegría, para buscar hasta el último justificante de su feliz encuentro, y aun mas; de tan feliz coincidencia.

Inmediatamente ocurrióseles presentarse mutuamente sus cartas, y como impulsados por igual fuerza fueron por ellas, cada uno á sus respectivos sitios.

Los dos confrontaron en todos sus detalles sus medallas y cartas llenos del mayor gozo, y seguros de la verdad se pusieron á dar gracias á la providencia y al espíritu protector de su madre, que por momento deseaba comunicarse con ellos.

Angel abrió la carta de Irene, exacta á la suya y ámbos leyeron lo que sigue;

“Hijo mio: no sé la suerte que te habrá deparado la providencia, cuando abras esta carta; mas cualquiera que ella fuere no me maldigas sin escuchar la voz de una desdichada muger llena de la mayor aflicción.

He podido aceptar la deshonra y aun la cárcel como adúltera, antes que abandonarte, pero he sido cobarde y te he sacrificado por salvar el nombre de tu hermana, mas débil que tú. Al dar ese paso me arranco el corazón, que lo llevas con tigo, sin que yo pueda sobrevivir mucho tras un golpe tan rudo como sufro en este momento.

Piedad hijo amado para tu pobre madre y si muero, hasta en la muerte llevará al sepulcro tu recuerdo.
Tu madre

Ana.

Irene y Angel lloraban como unos muchachos y poco menos aconteció á Luis que se hacia partícipe de los placeres y dolores de sus amigos .

Angel se llevó á su hermana al Hotel, despidiéndose de Angela, no sin que esta derramara abundantes lágrimas.

Ya instalados, allí Angel contemplaba á su hermana con placer, enamorándose de deleite, con el sentimiento del hermano.

Irene les contó su vida, sin ocultar al mismo Luis, ni aun los mas pequeños detalles.

Se detuvo relatando dolorida la muerte de su madre, como la de una santa, y aquí no pudieron menos de conmoverse los tres.

Habló de Angela con verdad y cariño diciendo, que aunque en su vida habia sido ligera. la habia respetado y separado por completo de todo contacto que la pudiera herir en su honor.

Dada algo al juego pensó Angela en poner su casa para eso mismo, como lo hizo, teniendo al fin que establecerse en Baden, por mas que siempre le reprochó Irene su proceder.

Les contó despues un estraño fenómeno que le ha-

bia pasado varias veces del que no sabia darse cuenta, y era que creia oir clara la voz de su madre, que en determinados casos llegó á darle consejos muy amorosos y cristianos.

Irene pensó en separarse de Angela, mas su madre le rogó que no lo hiciera hasta no reunirse con su hermano, lo cual le seria posible.

En una palabra, Irene llevaba una vida completamente retirada, entregada al estudio, lectura instructiva, su piano y pintura.

Angel á su vez narró toda su vida, en todos sus detalles, su inmensa fortuna y sus amores con Emma, dispuesto á cumplir su palabra inmediatamente y llamarla su esposa de modo que los . . . tres formaran una sola familia.

Aquí Angel lanzó una mirada significativa á Luis, que con placer sin igual la recogió agradeció, é Irene en aquel interrogatorio de cambio de vistas pudo notarse en ella un ligero rubor como comprendiendo y aprobando.

Contó á su hermana sus comunicaciones con su madre y que sin un plan concebido habia pensado en venir á Baden—Baden, sin duda guiado por su misma madre, no comprendiendo de otra manera tal coincidencia.

A todo esto Luis hacia un papel pasivo y mas allá . . . en sus *adentros* iba agrupando esperanzas y dando

alas á un sentimiento que muy luego habia de trocarse en realidad.

Angel en aquel momento sintió golpes en el brazo; se puso á escribir y su querida madre le dijo:

“Hijos míos:

Mis seres queridos: hoy soy eminentemente feliz al contemplaros unidos.

Dios ha escuchado mis ruegos, ofreciéndome una escena tan tierna de vuestro reconocimiento como hermanos.

¡Qué momentos esos!

Que escenas tan tiernas!

Que impresiones tan grandes he sentido y han experimentado vuestros corazones! Y si lágrimas hubiera tenido, creedme, que hubieran partido á torrentes de mis ojos;

Ya estais unidos, mis hijos queridos! Besaos como símbolo de fraternal amor.

Llené mi misión en ese planeta, restándome tan solo velar por vuestro adelanto.

Adios.

Ana.

Después de leida esta comunicación los tres quedaron altamente impresionados hasta el punto que pasaron largo rato sin hablarse una sola palabra hasta que la tomó Ange!.

—Es preciso aprestarnos para ir á Madrid. Es ya una necesidad para mí.

No faltó Mr. Le Roy en ser de los primeros en presentarse á dar sus parabienes á los felices hermanos y hasta les preparó manifestaciones, pagadas, pero que sabia no habian de quedar en olvido, porque llegó á su conocimiento que se las habia con un personaje de inmensa fortuna y sumamente generoso.

En fin, por mas que ambos hermanos deseaban hallarse solos para contarse los mil detalles de su existencia, nunca les faltaban visitas importunas.

Angel resolvió que su hermana se avistara con Angela, manifestándola que le regalaba los 100000 francos, como recuerdo de la amiga y despidiéndose para España.

Angela sintió la noticia de aquella separación, aunque compensada con el presente que se le hacia, con cuyo motivo pidió á Irene y su hermano que ésta pasara un dia en su compañía, á lo que ambos accedieron.

Nuestros jóvenes pasaban sus ratos en la ruleta distraidos en los salones, tomando nota de aquellas fisonomias tan estrañas, aquellos cuadros tan característicos que no se borran jamás, aquellos momentos en que se interrumpe hasta la circulación de la sangre ó sus efectos en el corazón de los actores, y aquellas 15 ó 30 personas, despues dan expansión completa al dolor mas terrible y aun á la desesperación.

Angel y Luis, se explica, que no habian de hallar en

aquel centro impresiones propias para su espíritu con elementos de tal índole, por ser otro el foco su alimentación.

El expósito en aquel instante se hallaba distraído, sentado, sin duda trazando los últimos perfiles del cuadro de familia que se le presentaba y hasta creía incluir á Luis en ella, en quien había reconocido un corazón de niño.

En aquel momento Luis se hallaba distraído en una partida de ajedrez, mientras Angel seguía el curso de una conversación traída en la mesa contigua, sin mas interés que el de la curiosidad.

Hablábase de crímenes, y por fin un señor de unos 60 á 66 años habló de uno reciente en Madrid que envolvía cierto misterio.

Erase una judía llamada Emma que había asesinado á su padre llamado Ismael Keffel.

.....

Angel se levanta pálido como un cadáver, y rápido como un tigre, y dirigiéndose al que contaba el hecho le dijo en correcto francés: “sois un miserable embustero“ y le puso la mano en la cara.

.....

La indignación fué general; el ofendido quiso lanzarse sobre Angel. Todo el mundo se agrupó alrededor de ellos; llovieron las preguntas y explicaciones, así como acaloradas disputas, que en su casi totalidad eran contrarias á Angel.

Media hora despues se concertaba un duelo á espada entre Mr. Carlos Vignoles y Angel, aunque este cambiaba su tarjeta con el título de Vizconde del Romeral.

Los dos amigos se retiraron, siendo objeto de la conversación y crítica general entre la gente de la ruleta.

Nadie tenia conocimiento alguno de los móviles que impulsaron á Angel para hacer la defensa de Emma, si bien se suponía de una manera nada satisfactoria para la judía.

Incidente tan fatal hizo que todos los asistentes se fijaran en lo que sobre el particular refería un periódico de Madrid, aunque el relatante habia exagerado algun tanto el hecho.

Ya no se hablaba mas que del desafio.

Angel era un gran espada, aunque lamentaba hondamente ser actor de escenas que tanto habia censurado y eran tan contrarias á sus nobles propósitos.

Llamó á Luis, comprendiendo la gravedad del insulto y que no habria arreglo de ninguna índole.

Era un problema que solo se resolvía desapareciendo de la escena uno de los dos personajes que iban á labar con sangre sus ofensas.

Hizo pues su testamento; se lo entregó á Luis, y por fin pasaron al lado de su hermana, la que inmediatamente notó en ellos alguna novedad, por mas que trataron de disimular su emoción.

Irene les rogó mil y mil veces que le contaran lo que habia, á lo que Luis y Angel respondieron con evasivas.

La situación se hacia cada vez mas dificil, hasta que aparece Angela toda dolorida.

—Qué hay Angela mia, dijo Irene.

--Una desgracia.

Angel hizo un signo de silencio á Angela, pero ya era tarde.

Irene se puso á llorar, comprendiendo que algo grave acontecia á su hermano.

Encerróse en su habitación. Allí derramó copiosas lágrimas y llamando en su ayuda á su querida madre, oyó con placer sin igual que le decia: “No temas; está tranquila. Ese desafio es imposible. Es un crimen.

Desde aquel momento se tranquilizó la jóven.

Comprendió la magnitud de aquella comunicación auditiva y guardó el mayor silencio, confiando en lo dicho por su amada madre. Sabia que su hermano habia de batirse al siguiente dia y esta le repitió:

“Prepárate y ten dispuesto un coche con magníficos caballos para mañana á las 2 de la madrugada. “

Luis tuvo necesidad de salir para ultimar algunas formalidades concernientes al duelo.

La señora Angela no se separó aquella noche de tan queridas personas, estrañándose de la tranquilidad de Irene, la que le participó que tenia un talisman con el que habia de desbaratar el duelo.

Angela, necesito tu ayuda y la mayor reserva, la dijo:

—Toda soy tuya en este caso.

—Entonces dispón que mañana á 20 pasos de aquí tengamos un magnifico coche á las 2 de la mañana.

Además es preciso que Luis y Angel no se aperciban de nuestra salida.

Entérate donde se hallará á las 2 el Jefe de la policia.

—Todo estará hecho al pié de la letra.

Por último llegó la media noche y todos trataron de retirarse.

Angel se aproximó á su hermana y la dió un tiernísimo beso en la frente, faltándole poco para romper en un llanto.

Luis desde aquel momento de despedida, acaso para *siempre* . . . terribles palabras, recomendó á Angel que descansara, lo que procuró hacer, despues de haber llamado al espíritu de su amada madre, la que le dijo "Sin duda alguna que deseas te dé mi opinión sobre un incidente del que has sido actor con cierta ligereza por tu parte, motivando un duelo.

Y bien hijo mio: no me es posible decirte nada sino lo doloroso que es para mí haber visto que te apartabas de la verdadera senda y las doctrinas de Jesús.

Ten ánimo Nada mas puede decirte tu madre.

Anita.

Irene por su parte se habia encerrado en su cuarto,

y como se ha dicho sentia que le hablaban al oido. Detúvose un instante y la voz volvió á repetirse diciéndole: "Busca todos los comprobantes que tengas de mis tristes amores con Mr. Blanes y no dejes de llevar contigo el mas pequeño detalle y papel con su retrato, anillo, cartas, etc.

Irene desde aquel momento concibió alguna esperanza. Reunió cuanto documento le pedia aquella voz secreta, ó espíritu y sobre todo uno el mas significativo de todos, que solo podia caber en lo posible lo supieran mas que el autor y su querida, ya muerta. . .

Eran las 4 de la mañana del siguiente y fatal dia.

Luis ya habia despertado á Angel y ni una palabra se cambiaron entre ambos amigos.

Momento despues llegaban el Médico y otro testigo.

Los cuatro con el mayor silencio se bajaron, temerosos de despertar á Irene, cuando esta hacia dos horas que se hallaba fuera de la casa en compañía de Angela.

Poco despues rodaban dos coches, distantes uno de otro 100 pasos, siguiendo por la carretera general del canton A y al kilómetro 11 cruzaron á la izquierda, parándose á unos 200 metros y al frente de una casa de campo donde entraron.

Irene por su parte vestida de negro habia ido á pedir protección al Gefe de Policía, que no la pudo negar y esta con su amiga y uno de los empleados de aquella sección se lanzaron á la carrera siguiendo la

ruta marcada por otros dos carruages que recién-mente habian pasado.

Solo se llevaban unos 10 minutos de diferencia. Apesar de todo palpitaba fuertemente el corazón de Irene

Ya habian llegado al final del camino recorrido por los coches que les precedian, encontrándose con una verja y puerta de hierro cerrada, con órden de no no abrir á nadie.

He aquí porque era oportuna la presencia del agente. Este en nombre de la autoridad ordenó se abriera el portón, como así se hizo.

Irene á la vez daba al portero algunas monedas de oro y le suplicó le indicara el punto de combate.

—Allí señora, allí están. . . corred! les dijo. Mientras tanto Irene recibia al oido estas palabras: “Ese desafio es un imposible entre padre é hijo“.

—Corred señores corred, suplicó al agente y portero La puerta se hallaba cerrada.

—Deteneos padre é hijo, no podreis cruzar vuestros aceros“ gritó Irene.

Luis rec. noció la voz de su querida amiga y sin consultar con nadie se lanzó á abrir la puerta, precipitándose Irene de un salto en medio de padre é hijo que en aquel momento cruzaban sus espadas para matarse.

—Señor Blanes no podeis ser el que clave la espada sobre el pecho del que es vuestro hijo.“

Venid“ . . . y solos, durante largo rato le entregó to-

dos los documentos que llevaba consigo y eran la prueba mas irrecusable de aquella verdad.

Blanes recorrió la vista por todos ellos.

Ambos combatientes, con asombro de los tres testigos, suspendieron aquella lucha parricida y Angel tomó la mano de su padre y la besó despues de la conversacion con Irené y una lágrima apareció en sus ojos.

— Justo castigo (dijo), yo ofendí de una manera miserable á la madre y hoy el hijo ha venido á lavar aquella ofensa.

.....
Soy un desgraciado.

¡Justicia del cielo!

.....
Angel y su padre se estrecharon las manos y testigos y combatiente se pusieron en camino satisfechos del resultado final habido en aquel encuentro.

El testigo y médico de Angel ocuparon solos el coche, rogándoles Angel le dispensaran de acompañarles por verse en el deber de hacerlo con su hermana.

Y aquí tomó la palabra Luis; pronunciando un discurso para admirar el varonil arrojo y los encantos de la heroína de aquel desenlace feliz, pero con colorido tan fuerte que ya Angel le dijo:

—Mira. . . mi muy querido Luis esa es una declaración de amor que tendrás tiempo de hacerla; y parece-me bien? pero suspende esos inspetus amorosos para pensar desde mañana en salvar á Emma.

Luis quiso pedir su opinión á Irene, que no oía con desagrado el discurso: interrumpido varias veces por Angel, y hasta agradeció con todo el placer de su corazón un largo y significativo apretón de manos de Luis con el pretesto de un parabien repetido cien veces por la parte tomada en el desafío.





CAPITULO VIII

Esperanzas y realidades

Al siguiente día Angel, guiado por los impulsos de su espíritu verdaderamente cristiano, fué á visitar á su padre, invitándole á comer en compañía de Irene y Luis.

Aún más; no satisfecho con tales demostraciones hechas ante los testigos, en el acto del duelo, como desagravio al insulto que habia inferido á su padre, rogóle ir juntos á la ruleta, á lo que accedió, ya conmovido con las demostraciones del que con cierta satisfacción llamaba su hijo.

El lenguaje de Angel y sus protestas, de las que

pocos eran capaces de apreciar, sin que importaran cobardía de su parte, porque había cruzado su espada con gran serenidad y valor, llegaron á despertar dia tras dia en el corazón de Mr. M. Blanes mayor cariño y respeto hácia su hijo.

Llegados á la ruleta, Angel pretendió besar la mano de su padre, acto que quiso rechazar, y demostración que fué ridiculizada por la casi totalidad de aquella sociedad, que aspiraba una atmósfera pestilente.

Irene á su vez no olvidó mandar un rico presente al jefe de la policia, que parece no fué aceptado, ó tuvo de costar dificultades su admisión.

Al siguiente dia padre é hijo se abrazaban de ia manera mas afectuosa en casa de este, y aun cuando Mr. Blanes al principio se halló algo afectado, poco despues fué adquiriendo confianza, viéndose complacido al lado de la que hubiera querido ilamar su familia.

Ah! supo apreciar los méritos que poseian, y cuan grato es el camino de la virtud.

La conversaci6n se generalizó y á los postres Luis, Irene y Angel brindaron por Mr. Blanes, que llegó á conmoverse de una manera marcadísima ante tales distinciones.

Al fin Blanes pidió á su hijo que retardára algunos dias su partida.

El ambiente que aspiraba á su lado rejuvenecia su corazón, comprendiendo, aunque tarde, cuanto valia alimentarse en aquella escuela del bien.

Angel, ante tal réplica, se vió en un difícil compromiso, teniendo que posponer los deberes que tenia con Emma y la necesidad de ir á Madrid para descubrir los orígenes del asesinato de D. Ismael.

Pero ante el ruego del que hacia pocos dias le llamaba su hijo . . . vaciló.

Al recordar aquel hecho ambos no pudieron menos de inmutarse.

Al fin Angel accedió á permanecer una semana, que habia de ser de luchas y zozobras.

Terminada la comida y soiree dedicada á Mr. Blanes, su despedida fué sumamente tierna con el hijo, abrazándolo con efusión.

Las visitas se repitieron en los dias de la permanencia de Angel, llegando Blanes á afligirse por su separación, que iba á ser para SIEMPRE.

Sin embargo, prometió á su hijo que acaso fuera alguna vez á España á verle, alegrándose de ello el que habia recibido como primer título "El expósito".

Por fin padre é hijo se separaron, quedando en ambos impresa, por mil conceptos, su permanencia en Baden—Baden, que pudo dar lugar á un desenlace fatal.

Llegó por último el dia de la partida.

Todo se hallaba preparado para la marcha.

Angel, Irene y Luis no tenian mas que un pensamiento que convergía á un fin.

El prometido de Irene, desde el novelesco incidente

dei desafio, admiraba hasta con la locura á la heroína de escena tan conmovedora, alimentando con deleite la pasión que sentía por ella, sin temer al mágico poder que en él ejercían las dulces miradas de su amada, enloqueciéndolo de placer.

Era correspondido; y qué mas puede apetecer un corazón que ama?

Amor, sueños llenos de poesía y un mundo de deleite corrian por la mente de Luis, aprisionado á la voluntad de su prometida.

Todos esos sentimientos brotaban del fondo de aquel corazón tan sencillo, al contemplar estasiado los encantos de su Irene.

Así se esplicaba su tierna solicitud, pensando en ella, que á su voz angelical se unia al corazón mas puro, con la inteligencia mas pensadora.

Y por su parte la bella Irene no parecia rechazar, ni mucho menos el amor que le espresaba Luis, reduciéndose sus tiernos diálogos á una declaración mútua de la pasión que les dominaba.

Angel mientras tanto redactaba sus últimos telégramas dirigidos á su administrador y amigos, confirmándose en sus escritos por otras líneas, para dar valor á sus órdenes, y en todos mandaba que se pusieran en juego cuantos elementos fueran posibles, hasta su fortuna, para evitar un solo pesar á la que habia de ser su esposa.

Así mismo participaba á todos que aquel día se ponía en camino para la capital de España.

Ya dió fin á su especial correspondencia y volviéndose á sus hermanos les dijo:

—Pero mis queridos; tened piedad de mí.

Basta de dulces arrullos; acordaos que tengo el corazón lleno de dolor y aparece mas agudo ante tanta dicha.

Perdonad mi egoismo.

Irene se sonrojó, y como queriendo pedir perdón á su hermano le colmó de caricias, mientras Luis esperaba una absolución definitiva.

—Sí, mis queridos hermanos, no seais crueles. Haced un pequeño paréntesis á tan envidiables escenas de amor, que me recuerdan á mi Emma.

No sé lo que me pasa al contemplaros tan dichosos, y pensar en aquel ser tan querido para mí.

¡Emma mia! Emma mia!

Desde aquel momento procuraron corregirse los enamorados jóvenes, por mas que instintivamente siempre se encontraban juntos, se cruzaban sus miradas, que tanto decian, y estrechándose sus manos se trasmitian el fuego de sus corazones.

Estas y parecidas escenas fueron repitiéndose hasta la hora de la salida del tren.

A la mañana siguiente corria la fulgurante locomotora conduciendo á aquellos tres nobles corazones, cada cual en aquellos momentos dando aliento á sus deseos

y venideras esperanzas, alimentando los ideales que brotaban de su alma; cada cual en fin ansiaba llegar al término de su partida, para ver realizadas todas sus aspiraciones y mundos de poesía que forjaba su mente.

Angel se preguntaba; será posible que llegue el día en que llame á Emma mi esposa?

Sí. . . . Llegará y la estrecharé contra mi corazón, llenándola de las mas dulces ternuras.

Ah! Emma mia, cuanto habrás sufrido; cuánta razón tenias en temer por mi partida.

Tú veías mas que yó, pero prométote ahogar en tu alma esos pesares que hoy pasas, haciendo sentir en tu pecho los deleites del más tiernísimo cariño.

Irene á su vez se decia:

—Habrán terminado para mí las penas de mi alma? Ya no seré la huérfana?

Y Luis se hallaba contemplando con el mayor éxtasis á su Irene, al pensar “mañana serás mi esposa. . .” y corria la mente de estos tres jóvenes con velocidad imaginable, sin acordarse que tambien cruzaban valles y penetraban en montañas para descubrir nuevos y pintorescos paisages y precipicios, cambiándose aquellos cuadros con increíble rapidéz.

Oh el mundo está todavía muy atrasado, decia Angel.

Yo veo tanto y tan grande que no todos comprenden.

Este planeta es muy pequeño y todavía mas el hombre.

Nuestra carne es una vestidura perecedera. Se transforma, mientras que yo no muero jamás. El espíritu es eterno.

Mi pensamiento dá cien vueltas por segundo al mundo con esa celeridad que le permite al alambre eléctrico, mientras la materia necesita para ello uno ó dos años. . . ! Es tan pobre este ropaje.

Y no dudo que un día se hallará la esplicación de ese medio de comunicación de los mundos, que es una verdad, como yo me comunico con mi querida madre.

—Pero en que piensas hermano mio? Le dijo Irene.

—En tí querida mia, contemplándote y admiran lo todos tus encantos.

—Mira lo que dices Angel, no sea que haya un segundo duelo y Luis te pida esplicación por tus palabras.

—Y ese lance lo habia irremisiblemente y será á muerte.

Quién le ha autorizado á mi querido Angel para hablar de hechizos y hechiceras, cuando esos dos luceros, arrancados de alguna constelación me están volviendo loco y. . . ¿me pertenecen?

—Un poco de paciencia. . . . y gracias mis buenos amigos.

—Bien muchachos; déjense de galanteos, les repito; ya les he dicho el porqué, y líbrenme de ponerlos en penitencia en sus correspondientes camarotes.

—Pobre Emma!

—Pobre Emma. . . .

—Emma mia!

En estas ó parecidas pláticas seguian nuestros viajeros, hasta que se encontraron en Marsella, sin darse cuenta de ello.

De la estación partieron al puerto, dónde felizmente había un vapor con viage á Barcelona 8 ó 10 horas despues.

Sin dificultad alguna en el acto consiguieron ser recibidos en él, aún cuando debían esperar un pequeño tiempo hasta darles sus camarotes.

Ya situados en ellos, Angel rogó á su querida madre se le comunicara.

—Qué quieres, le dijo, por medio de la escritura.

—Hablame de Emma, madre mia.

Me muero de dolor; necesito un lenitivo para estas angustias porque pasa en estos momentos mi alma; quiero que me des palabras de consuelo y esperanza. Madre mia, sé buena con tu hijo, que tanto te quiere, y no abandones en momentos tan dificiles al expósito.

—Pues bien, hijo mio: solo te diré que Emma es digna de tí.

Es un espíritu elevado. ámala.

Adios.

—Gracias madre mia.

Ah . . . ese crimen! ese crimen!

En el hay un misterio horrendo que necesito descubrir.

Emma es inocente y pura.

Lo dice mi madre y he de creerlo.

Angel purísimo . . . tu corazón no puede mentir.

En él todo es dulzura!

.....

Ya estamos en alta mar

Y mis hermanos . . . ! . . .

Qué felices son!

Y quién contiene á estos dos muchachos enamorados?

Sí . . . sed felices queridos míos. que sois dignos el uno del otro.

Amaos: no sea yo el egoista que interrumpa vuestras dulces pláticas . . . Mientras tanto todo lo espero de AQUEL . . . que nos observa y pensaré en mi prometida

.....

Noche preciosa . . . y cada vez que contemplo ese firmamento me anonado al ver mi pequeñez ante tanta sabiduría y tales ideas me consuelan

Todo en nuestra materia es pasajero.

Este mundo, á mi juicio, es un ligero descanso como lo hemos tenido en una estación; y que mas que una

estación es este mundo, en la vía interminable de nuestro progreso?

Cuán atrasada está la humanidad!

Qué idea tan pobre y mezquina tienen formada los hombres de las grandezas del AUTOR de TODO!

Y corren los mundos, nacen y mueren; todo se mueve y trabaja armoniosamente enlazado por medio de eslabones de una misma cadena

Ah!

Horas despues desembarcaban los tres viageros en el puerto de Barcelona y partian para Madrid en un tren espreso.

Cada hora que Angel se aproximaba á su Emma palpitaba con mas violencia su corazón.

Sus hermanos temblaban por su salud, y aún por su razón.

Y nuestra pluma no queriendo impacientar mas al lector los dá cual si se halláran á las puertas de la coronada villa.

Allí esperaban á Angel sus sirvientes y administrador, el cuál con aquel se encerraron en un cuarto á la llegada á su casa, para dar comienzo á la batalla decisiva de la virtud contra la maldad, batalla que iban á librar con la casi seguridad del triunfo que ofrece una conciencia limpia.



CAPÍTULO IX

Justicia de Dios

MIENTRAS Angel conversa con su administrador recibiendo detalles del horroroso asesinato de D. Ismael Keffel, conviene que el lector se entere de cuanto arrojaba el proceso de un hecho tan criminal y que tanto dió que hablar.

Despues de la entrevista de Andrés Carranza con Manolo, éste se echó á estudiar su plan de operaciones y explotación de un negocio que se le ofrecia, en el que se propuso pasar la euenta á su nuevo gefe no solo de esta empresa, sino de otra algo turvia de antaño con los intereses y recargos consiguientes.

Nadie sabia cual era el apellido de Manolo, ni él mis-

mo llegó á darse cuenta de su procedencia; bien es verdad que tales detalles le tenían poco preocupado.

Así no hay para que hacer la historia de este desdichado, que no habia ofrecido mas que raterias y hasta complicidad de un asesinato que le costó tres años de presidio.

Manolo, ya poseedor de 200 pesetas, se dirigió á Chamberí“ donde pasó unos 5 dias hasta dar con la casa que habia de menester.

Y se las arregló de tal modo que muy luego supo que se trataba de una familia sumamente retirada, compuesta de padre, hija, cocinera y doncella de servicio.

Esta última era antigua en la casa y de toda confianza; no así la cocinera que hacia poco habia entrado al servicio de aquellos señores, y aun cuando era bondadosa y jamás habia dado que hablar, cuéntase que era algo ligera, ó dada algun tanto á tener sus amores, á veces nada santos, aunque por entonces la plaza se hallaba libre de pretendientes.

Una vez que el hombre conoció todos estos antecedentes se propuso enamorar á su Dulcinea, llamada Micaela, costándole poco trabajo entablar relaciones con su Eva.

En esta materia Manolo era un lince.

Pocos dias necesitó para ser de hecho el prometido de Micaela.

Le dió su anillo, diciéndole que disponia de un peque-

ño capital y habian de casarse antes de año . . . nuevo.

Micaela, muy luego se dió á conocer y de concesión en concesión pronto comprendió el buen Manolo que no le seria difícil conquistar la plaza.

Con tales datos vió á Carranza y le contó sus progresos, asegurándole que antes de cinco dias conseguiria su intento.

Su señor con una hipocresía refinada le espuso sus propósitos, á saber; que solo llevaría un pequeño narcótico para conseguir de Emma sus planes . . . *amorosos*, lo cual era *inocente*.

No eran tampoco otros los deseos de Manolo en aquellos momentos, sin pensar en el giro que pudiera tomar aquella empresa; aun cuando se hallaba dispuesto á hacerse pagar caro en tan delicada batalla de sospechosos amores.

Con esto se despidieron estos célebres *personages*.

Manolo pidió á Carranza 500 pesetas mas para sus gastos, que le dió el *compadre* en aquel momento.

Al siguiente domingo el *mozo* pudo verse á solas con Micaela, alcanzando mas de lo que apeteciera, jurándose un amor *pu . . . ri . . . si . . . mo* á lo Manolo, ó como éste lo entendia y esplicaba á su Manola.

En ese dia él le hizo presente que ya no podrian verse cual él deseaba, hasta los 15 dias, por lo que pidió á su querida que le permitiera visitarla á media noche en su *cuarto*, porque en la oscuridad era mas *poético el canto del amor*.

La locuela Micaela no dió á aquella cita mas alcance que el que oyó de los lábios de su Manolo, accediendo en tal concepto á su ruego, sin comprender el inmenso precipicio que se abria ante sí.

Y aquí comienza un terrible drama.

Para ello la ninfa le esplicó la disposición de la casa de campo, asegurándole que dejaría abierta la ventana de su cuarto en el que dormia sola, dandole todas las señales y disposición del mismo.

Además, para subir dejaría una tabla en el suelo, siendo fácil dominar su pequeña altura.

Manolo ya estaba en el pleno ejercicio de sus funciones. Disponia de plata y tenia *muger*, gozando en consecuencia de todos los placeres de este mísero mundo.

Todo esto lo escribió á Carranza, participándole con toda seguridad que á los dos dias de recibir la suya se verian en el punto A para tratar del consabido negocio, carta que fué contestada cariñosamente por el cómplice Carranza, lo cual era de estrañar en un hombre prevenido como él y vivo para tales empresas.

Sin embargo el criminal siempre deja un rastro ú otro para facilitar la acción de la justicia.

El dia del crimen Manolo se dió completamente á la bebida, con motivo de una francachela que tuvo por la mañana con dos camaradas de igual catadura, y siguió todo el dia y la noche ébrio, con la particularidad que los efectos acoholicos en él eran terribles.

Antes de narrar la tremenda escena que sigue y se desarrolló en aquella noche á la que se hace mención, es indispensable bosquejear siquiera ligeramente la casa de D. Ismael.

Hay además un incidente que no se ha mencionado y es que Manolo sabia la clase de negocios á que se dedicaba D. Ismael y esto, dicho por él mismo en su confesión, hubo un momento que le arrebató, pasando por su mente la idea del robo como una ráfaga de funesta concepción.

La casa del judío Keifel estaba separada del contacto de toda otra.

Rodeada de una baja pared de cerco tenia su puerta de hierro, circundando á la edificación un elegante jardín.

Se componia de siete piezas bajas de poca altura, de lo que se llama entre suelo, ó aun menos, y dos cuartos subterráneos.

Las siete se hallaban distribuidas del siguiente modo. Dos pequeñas que eran de las sirvientas y en contacto de la cocina; despues seguia el comedor y los dormitorios de D. Ismael y Emma con sus dos salas inmediatas para visitas.

Manolo á la hora acordada con su amada, segun el horario de su cabeza ya trastornada, fué por la noche á la mencionada casa, siéndole fácil salvar el tapial, ya de por sí algo viejo y bajo.

Se acercó á la casa, y segun le habia manifestado

Micaela, creyó ver una ventana abierta, la que se hallaba á poca altura del suelo, y suponiendo que aquella fuera la que buscaba, ó el cuarto de su querida, o cual fué su error, buscó el medio de subirse á ella, consiguiendo su intento por medio del tablón que habia en el suelo, como se lo manifestó Micaela. . . Si él hubiera fijado su atención, habría observado que la tabla estaba al pié de otra ventana abierta. Más no estaba su cabeza para tanta reflexión.

Ya habia penetrado en el cuarto-
Momento de ansiedad. . . !

La noche era completamente oscura y su cabeza alterada, la hacia mas.

Marcha con el mayor sigilo; tropieza en una cama, la que le pareció fuera la de Micaela.

La llama en voz baja, cuando de pronto se vé agarrado de un brazo fuerte al parecer, cuya persona dió el grito de "Emma".

Entonces el asesino quiere huir, pues que sus intentos no eran de sangre.

El contendor hace un movimiento de levantarse y Manolo saca un puñal que llevaba; quiere desacirse del brazo que lo aprisionaba, efectuándose todo esto de una manera instantánea, ó con la velocidad del rayo. Insiste el criminal de nuevo en su huida, no puede y clava su puñal en el pecho del que lo aprisionaba.

Entonces la víctima dá un terrible grito y dice:

EMMA ME MATA. . . . !

El asesino huye; se lanza por la ventana que entró, y se salva.

.....

Emma se despierta completamente azorada; enciende una luz; va al cuarto de su querido padre; lo encuentra muerto; le abraza, colmándole de besos en su inmenso dolor, casi desfallecida; pide auxilio con toda la fuerza de sus pulmones y dice: “mi padre es muerto. . . . padre mio!!

Las dos sirvientas á su voz se levantan; entran azoradas; la una simulando un terror increíble y la otra poseída del mayor dolor, acuden en ayuda de su señorita, y cuál no sería su horror, que encuentran á Emma abrazada al inanimado cuerpo de su padre, al que Emma le había arrancado el puñal homicida, encontrándola ensangrentada toda ella. . . . con el arma en la mano, cual si fuera la verdadera asesina ó parricida. . . . !

Horas despues se daba cuenta á la policia de aquel tremendo hecho: Emma cae gravemente enferma, si bien pudo relatar lo que sabia.

A la vez las dos sirvientas contaron cuanto habian visto y las palabras que oyeron de la víctima.

Con tal motivo la policia arrestó á Emma y las dos sirvientas, como primera medida, instruyéndose el correspondiente sumario del proceso criminal.

Emma fué arrestada en su casa, con centinela en

la puerta, dado su estado grave, según el dicho del médico.

Así se siguió la pesquisa de los criminales, sin dar con ellos, no apareciendo nada contra la hija, apesar del dicho por las sirvientas: 1º porque el puñal no era del servicio de la casa 2º porque faltaba un anillo de brillantes de la mano del muerto, que en la lucha se le quedó *pegado* al asesino, y en especial por el dolor que espresaba la hija y los antecedentes del amor á su padre, sus virtudes y tantas otras razones.

Mientras tanto algun periódico no solo habia dado la noticia del crimen, sino que se habia adelantado á suponer que la inocente Emma habia sido la asesina de su querido padre, periódico que fué leído en Baden-Baden y dió lugar á la escena ya descrita entre Angel y su padre Mr. M. Blanes.

La desgraciada Emma en su enfermedad, que la llevó hasta las mismas puertas del sepulcro, fué cuidada con el mayor esmero por una antigua y fiel servidora suya, que mas bien podía llamarse hermana en aquellos momentos, y ya algo mejorada y cuando se le iba á levantar la órden de prisión en su propia casa, por no resultar nada contra ella, 15 dias despues del hecho criminal, recibió un aviso de Micaela en que le manifestaba que habia de hacerle una confesión.

Emma al recibir aquel aviso comprendió la magnitud inmensa que habia de tener la revelación que esperaba.

Llamó á su médico: le espresó cuanto habia y el objeto que podía tener á su juicio el llamado de su cocinera.

El médico se opuso á aquella salida, manifestando á la enferma el peligro que ofrecía para su salud, esponeándose á una recaída que le causara la muerte.

Emma sin darle tiempo á terminar le dijo: “No importa; prefiero la muerte á que haya la mas mínima duda sobre mis sentimientos de verdadera hija, y por otra parte quiero vengar la muerte de mi querido padre”.

El doctor comprendió las poderosas razones que asistian á su enferma, y por otra parte, supo dar todo el valor que tenia la energía con que las pronunció.

Tomó todas las precauciones para que Emma pudiera trasladarse á cárcel, aun cuando auguraba un fatal resultado, por las emociones que pudiera sufrir, y tanto él como Emma dieron parte á la policia de todo ello.

Emma acompañada de su médico y dos empleados de la policia se presentó en la cárcel, entrando sola en la prisión de Micaela, mas quedando la puerta al parecer cerrada, pero de modo que pudiera haber dos testigos auditivos.

Micaela á la vista de su señoría se le puso de rodillas; la besó los piés y le pidió perdón.

—Tú tú has sido la asesina de mi querido padre Infame!!

No me lo niegues porque tu conciencia te vende.

—No señorita. . . . jamás; replicó con dignidad la cocinera.

Oídme y después me juzgareis.

Soy inocente pero puedo daros luz del crimen. . . . horrendo que se ha perpetrado en la casa.

Anoche tuve una aterradora visión.

Vuestro padre. . . . él mismo, se me presentó, pero muerto.

Venía con el puñal clavado en el corazón, é iba envuelto en un sudario blanco, todo lo que me dió inmenso miedo.

Me increpó de una manera, que creí morirme, aplazándome para dentro de seis días, si no confesaba cuanto supiera del asesino,

Nada sabía de ese crimen, si bien recuerdo que me dijo al desaparecer: “Busca á Manolo. “Ese es. . . Tú le has abierto las puertas“.

Entonces contó Micaela sus amores con Manolo, persuadida que el día que le dió cita amorosa, en esa noche tuvo lugar el crimen.

Dió su filiación, diciendo á la vez que tenía un amigo, que le pagaba por un negocio que tenían ambos, el cual se llamaba Andrés Carranza, domiciliado calle de Hortaleza N^o. . .

En cuanto á Manolo, dijo, no sé dónde se hallará, mas seguramente lo sabrá su amigo.

Por fin terminó su relato jurando cien veces decir

verdad, afirmando no tener parte alguna directa ni indirecta en el crimen, pero temiendo fuera Manolo el asesino y ella la causante involuntaria.

Dos horas despues se hallada preso Carranza y á las 48 horas su amigo Rodrigo.

En cuanto al asesino se tardó algo mas en hallarlo, siendo apresado en un pueblo inmediato á Burgos.

Y para qué dar mas detalles de este crimen cuando la pluma se resiste á dar mas esplicaciones?

El hecho fué justificado.

La doncela Rosita, muchacha muy buena, fué puesta en libertad, poco despues de la confesión de Micaela, volviendo al lado de su querida señorita con alegría de ésta.

El asesino, que por lo visto apreciaba en poco su vida confesó su crimen con la mayor sangre fria, pero participando que lo habia llevado á cabo impulsado por el alcohol.

Para su desgracia no pudo justificar su lucha con D. Ismaël, ni como pudo llevarse *involuntariamente* un precioso anillo que el muerto tenía en un dedo.

En cuanto á la virtuosa Emma, felizmente no tuvo resultado fatal su entrevista con la cocinera, antes por el contrario, aquella escena tué para ella un bien, restableciéndose á los dos ó tres dias.

Seguido el proceso ó en el curso del mismo aparecía cómplice é instigador del asesinato el malvado Carranza, mas bien debido á la mala voluntad de Manolo.

Sin embargo, no se hallaba el móvil de aquel asesinato por parte de Carranza.

Solo habia en su contra las declaraciones del asesino y que el puñal homicida era de D. Andrés, porque Manolo se lo habia robado; tal era su tendencia á la pillería, y por fin, dos cartas que se encontraron entre las ropas de Manolo, escritas de letra y puño de Carranza, las que le comprometian bastante.

Dejemos á estos desgraciados que jiman en el calabozo, lamentando su vida pecadora, para visitar á la jóven Emma, digna de todas las consideraciones y contra la que se habia ensañada su desgraciada estrella, como diría algun escritor.

Sin embargo, nuestra escuela no puede aceptar esta absurda opinión.

Las estrellas son soles que siguen su curso admirable en el movimiento magestuoso de los mundos, y si Emma llegó á sufrir, sus padecimientos tenian una explicación, que se halla escrita en la historia de sus encarnaciones.

Por fin para hablar de todo.

Rodrigo fué puesto en libertad, por no aparecer en él complicidad alguna en aquel crimen, que tanto conmovió á la capital de España.





CAPITULO X

El premio de la virtud

Dos días despues de la confesión de Micaela, de la que se habia obtenido toda la luz necesaria para descubrir á los autores del asésinato de Keffel, fueron apresados, como se ha dicho, dos pájaros de cuenta.

Emma, con todo, se hallaba sumida en una profunda tristeza; acaso . . . pensando en su Angel, que acababa de llegar á Madrid.

Cuántas y cuán tristes escenas se habian desarrollado en su ausencia, que pronosticó el corazón de la simpática y virtuosa judía,

Ella, sola, huérfana, vestida con el riguroso luto de

la hija que habia perdido á su amado padre por mano homicida, lloraba largos ratos, pidiendo al Dios de las alturas que aplacara sus iras.

Al fin la providencia arrojaba un rayo de dulce consuelo, segun ella, á aquel hogar sumido en el mas profundo dolor.

Ya se sabe cuanto trabajaron los amigos y administrador de Angel, para evitar en lo posible mayores pesares á la noble y virtuosa hija de Israel.

Ella esperaba á Angel.

Lo sabia.

Lo ansiaba por momentos, y tenia ansiedad de amar para apagar tan acervos dolores.

Pobre Emma tan llena de virtudes y tan desgraciada como fué.

La primera visita ó entrevista del expósito fué con su administrador, como ya se ha expuesto, acordando no presentarse á su amada, hasta que aquel la preparara, temerosos del efecto que pudiera causarla tan inmensa alegría.

Todavía se hallaba débil; su espíritu estaba aflijido; acababa de salir de una grave enfermedad y pudiera caer en otra que le causara la muerte, si se la sujetaba á fuertes impresiones.

Así lo comprendió Angel, y así lo acordaron él y su fiel administrador, que se adelantó á visitarla para preparar el ánimo de Emma.

Su sola presencia ya reanimó el semblante de esta,

como si quisiera descubrir en él, el objeto de su venida.

Bastaron ligeras palabras para Emma, en su claro talento, para que comprendiera el objeto de su visita, diciendo:

—Angel está aquí. Si. no me lo negueis.

Angel mio!

Dios de Israel apiadaos de mí.

Y se puso á llorar.

Un segundo despues se desarrollaba allí una escena conmovedora en alto grado.

Angel aparece en la puerta, presentándose á su Emma, pálido y lleno de una ansiedad indescriptible, palpitando fuertemente su corazón.

Su amada al verle dió un agudo grito.

Se arrojó á sus brazos y perdió la razón.

—Emma mia, querida; vida de mi vida. . . . yo. . . . te. . . . adoro con locura.

Oyeme; soy tu Angel.

¡Ah! soy responsable de la muerte de esta celestial criatura.

(Emma seguia sin conocimiento, y Angel lloraba como un niño.)

“Madre mia.!

Emma. . . . Emma. . . . vuelve en tí.

Estoy á tu lado.

Soy tuyo. . . todo tuyo.

Ah Dios mio !

Madre querida, apíadaos de mí“ .

Mientras tanto Luis, Irene y el administrador se hallaban fijos: como estátuas, en el fondo del cuarto y llorando copiosamente.

Allí seguían inmóviles presenciando aquel cuadro tiernísimo, sin ánimo para dirigir la palabra al hermano y amigo.

—Emma !

Emma mia.

Yo me muero si tú falleces.

Oyeme!

Corred todos Insensatos!

No veis que se apaga la vida de este Angel?

Emma fallece y sois muy crueles viéndola agonizar.

Piedad mis amigos, pero corred.

Corred pedid auxilio.

Luis y el administrador salieron despavoridos, en busca de un médico

Momentos después de su partida, Emma volvía en sí, é instintivamente dió un amoroso beso á su Angel . . . !

—Eres un criminal, dijo, sollozando.

No te quiero.

Márchate.

(Estas fueron sus primeras palabras.)

—Emma mia. Soy culpable.

Perdón; lo confieso, pero tenía el deber de ir en busca de mi hermana que te la presento.

Entonces Emma é Irene se abrazaron tiernísimamente, llorando ambas largo rato, en cuyas lágrimas iban envueltas dos tristes historias y aquel llanto salvó á Emma de un peligro, porque le era necesario aquel desahogo.

—Te quiero mucho hermana mia.

—Y yo á tí mi Emma.

Desde hoy, mi hermano, que es muy bueno, te hará feliz y nuestra dicha será completa.

Has sufrido mucho y yo tambien: por eso nuestros corazones se han comprendido y amado á su contacto.

—Angel no me quiere. . . . nó.

—Ah no digas eso. . . . Calla. . . !

Tú no sabes hermana mia querida, cuanto piensa Angel en tí, en tu bien y el delirio que tiene por llamarte su esposa.

—Yo no le quiero.

Pero nó; nó. . . . miento; me engaño.

Perdona mi Angel. Tenía amargas quejas de tí (Y le estendió la mano, que Angel colmó de besos, hasta llenarla de lágrimas.)

—Porqué?

—Oh ya te las diré.

Tú eres el responsable de mis grandes pesares.

—Piedad Emma!

Pero es cierto cuánto has dicho?

No me amas?

—Creo que . . . te quiero como sé querer.

—Emma mia, adorada.

—Angel! (Y se abrazaron nuevamente con frenesí!

.....

—Aquí está el médico.

—Ya la he curado.

Gracias doctor. Solo fué un desmayo de esta señorita, que el domingo próximo será mi esposa.

—Muy bien . . . Deseo á Vds. felicidades.

.....

Dos dias despues se hallaban Emma é Irene juntas en casa de Angel, preparando todo lo necesario para su inmediato enlace, jurando no separarse JAMÁS ambas hermanas, que habian sido tan desgraciadas.

Emma manifestó que seguiria de luto, en recuerdo del dolor por la pérdida de su padre amado.

A la vez Luis y Angel se estrechaban las manos, como queriendo sancionar lo que juraban las que habian de ser sus esposas.

.....

Difícil sería pintar los cuadros tan llenos de felicidad, amor y virtud que se presentaban, allí ante corazones tan puros.

Tales escenas no puede trasportarlas al pincel el artista mas ideal, ni la pluma mas sentimental, porque

son el reflejo de esa armonía celeste que se descubre en todo, que es obra de la infinita sabiduría.

No interrumpamos esas dulces expansiones de corazones purísimos, y dejémoslos preparándose para días más venturosos.

.....

—Nada: lo que os digo.

No os empeñéis.

Ahora mismo voy á dar orden á mi administrador para que compre á cualquier precio un pequeño chalet, aunque cueste doscientos ó cuatrocientos mil duros, y si es posible, que se halle separado de ese bullicio del mundo material.

Quiero poesía; las flores, el canto de las aves y cuanto me recuerde las grandezas de la naturaleza, por que allí admiro á Dios.

Quiero que nuestras bodas tengan lugar el mismo día y casi á la misma hora.

Os cedo sin embargo la preferencia.

La casa tendrá dos pisos, uno para vosotros y el otro para mi Emma y este Angel. . . . malo.

Qué dices á todo esto Emma mía?

—Que tu voluntad es la mía, mi Angel.

—Pues bien querida mía, cuento las horas que restan hasta el domingo y en ese día seré el más feliz de los mortales.

—Y yo que podré decirte amigo mío, que me has hecho feliz conociendo á mi Irene, tu hermana.

Tentado estoy por hacerme judío.

—Eso nó señor D. Luis.

Yo juré á mi querida madre morir en la religión católica y V. caballero . . . si quiere ser mi marido tiene que casarse por la Iglesia Romana.

—Bravo, soy romano. Romanísimo á macha martillo.

(Ni siquiera me acordaba de la tal monserga, pero adelante.) Llenaremos esa ridícula formalidad pagando el correspondiente canón por los cuatro latines que nos eche una mano pecadora, por no decir súcia.

—Bueno querida mia, es necesario llenar las formalidades sociales para nuestro casamiento, porque así lo exigen el adelanto ó retraso humano, cosa que nada nos cuesta, ni perdemos en nuestro adelantamiento.

Vosotros os casais por la Iglesia Romana y nosotros por la judaica.

Para mí, todos los ritos los conceptúo iguales y tan ridículo es el uno como el otro, porque todos se repelen.

Algo falta aquí en el adelanto de los pueblos que no os sabré explicar, ni pretendo analizarlo hoy; solo si sé deciros que cada rito rechaza lo hecho por el otro y yo los rechazo á todos, porque así me lo dicen ellos mismos.

Creo necesario uno para estos casos y no sé cuál. Acaso sea el civil.

Mi religión es el evangelio, que es el gran código de los pueblos.

Sin él no caben sociedades, ni progresos.

Y no es posible mejorar la doctrina del mártir del Golgota, el espíritu mas grande de cuántos han pisado este planeta.

Hay quien dice, que ha copiado á los que le precedieron en su camino.

Que me importa si copió y amplió lo grande y sublime, y ya no cabe mejor? Acaso esto es una falta?

.....

Ahora dejemos á nuestras queridas señoritas y prometidas esposas que preparen todo lo necesario para ese dia tan venturoso. Tienen letra abierta y nosotros vamos á dar un paseo.

—Aceptado.

.....

Ocho dias despues, Angel firmaba el contrato de compra de un chalet, por el que pagó una fuerte suma, ordenando á la vez á su administrador que se amueblara la casa lujosamente.

Todo se hallaba ya preparado para el feliz dia.

Irene y Emma estaban bellísimas en aquella noche.

Eran dos ángeles, espresándose en sus semblantes el placer de los placeres.

No queremos hacer las pinturas de ambas, porque si la una con su precioso traje era el tipo de la elegancia y aún podia llamarse una perfección por sus formas y artístico vestir, en Emma enlutada habia tanta bondad

y el reflejo de tanta virtud, que no desmerecía y aún sobrepujaba al lado de su querida hermana.

Llegó la ansiada noche. Angel habia desplegado un lujo que no acostumbraba, pero quiso dar esa muestra de cariño á sus hermanos, y en especial á Emma.

Habia convidado á 4 ó 5 de sus mejores amigos y Luis por su parte lo habia hecho con algunos parientes y relaciones íntimas.

Luis y Emma se casaron primero por la Iglesia católica y seguidamente Angel y Emma por el rito judío.

Los salones estaban espléndidamente iluminados, sin mas que la docena de personas amigas ya consignadas.

La comida fué espléndida, llamando la atención de todos, los encantos de las dos hermanas que estaban deslumbradoras de hermosura.

A los postres y con estrañeza de todos Angel sufrió una impulsión en el brazo, comprendiendo cual era su causa, que no quiso explicar á los invitados por no creerlos suficientemente preparados para ideas tan nuevas y atrevidas.

Buscó en el acto un pretesto ó escusa para retirarse un instante y tomó la pluma.

Era su madre la que deseaba comunicarse y despues de escribir la comunicación guardola para leerla á sus hermanos y asi mismo, pues que no se habia dado cuenta de su redacción.

La soiree dió fin. . . acto de unión de cuatro séres

cuyas almas se hallaban henchidas de felicidad y amor.

Angel antes de dejar solos á Luis y su hermana, les manifestó:

—Oid lo dicho por nuestra madre.

“Mís queridos hijos:

He terminado mi misión ante vosotros.

Impulsada por una ley ‘irresistible, pero grande—sigo la ruta que me marca ese progreso sublime á que se halla sugeto todo en el órden de la materia como en el moral.

¡Ah! yo quisiera haceros comprender cuán distinto es ver la obra inimitable del Universo, sin intermedio de esa vestidura que os envuelve, á como la veis vosotros ¡infelices! desde ese mísero mundo impregnado de pasiones y miserias.

Todas vuestras concepciones se resienten de la pequeñez de vuestros sentidos, y aun quisierais hacer á Dios de cuerpo humano con su cerebro pensador, tan pequeño como el vuestro ¡desgraciados! cuando todo se enlaza, trabaja, progresa incesantemente, se modifica evolucionando hora tras hora en su marcha ascendente y sigue esa ley de una manera grande é inconcebible, tan grande como sencilla, cual obra acabada por un artífice lleno de una sabiduria que no podeis comprender.

Fijad vuestras miradas en esa bóveda tachonada de millones de soles y mundos habitados, que parece

que cruzan á vuestra vista para rendiros culto y cuán distantes estáis de la verdad.

Sois una partícula mas, que en ese concierto celeste de inmensidad de planetas con sus séres pensantes vivís en fraternal enlace, por un poder único, que es Dios, marchando siempre hácia él, sin hallar el fin de esa jornada, cada vez mas admirable y grandiosa.

Newton y Kleper no conocieron mas que una infinitísima parte de la ley que rige al todo, ley, que como os he dicho, afecta al adelanto moral y al enlace y comunicación de todos los séres, porque todo está eslabonado.

Romped uno de esos engranes, el mas despreciable con que se halla dispuesta la mecánica celeste y ay! que seria, si nos fuera dable apartar ó destruir un solo atomo de tan grandiosa como inñoncebible creación.

Pero que digo?

No quiero llevaros á ideas tan pequeñas, cuando el éco armonioso de todo en el infinito espacio llega á mí y en los acordes unísonos de esa armonia celeste siento el canto de todos los séres; canto que elevan al rey de las alturas.

Apartad hijos míos vuestras miradas de ese mísero suelo, si quereis purificaros y elevadlas constantemente al firmamento y *alli*. . . inspirados siempre en las doctrinas del hijo de judea, de aquel Jesús—espíritu grande y sublime, seguid sus máximas purísimas, sin separaos del camino que ha trazado á la humanidad.

Ellas son la antorcha de la luz, que eleva al espíritu, aproximándolo día tras día al conocimiento de esa sabiduría divina.

Y esto lo veis en la historia de los pueblos, que se moralizan, se unen y elevan su saber.

Así, trabajad vuestra inteligencia para descubrir mas grandezas en el celeste imperio, é ireis acercandoos á la idea de Dios.

Purificaos; rechazad todas las pasiones que empañen vuestra alma y practicad la caridad y el amor fraternal en toda su máxima amplitud, que quien se cobija bajo los pliegues de un estandarte que lleva esculpidas palabras tan santas hallará el premio en el mañana de sus sucesivas encarnaciones.

Huid de los atractivos seductores de la carne, que esa fenece, para volver á su vida de evoluciones, transformismos y leyes atónicas, y enriqueced vuestro espíritu, que él es el responsable, el actor, é inmortal, si quereis aproximaros al foco del infinito saber.

Pero tendreis que querer, porque es ley ineludible, como os he dicho, cual en la materia las leyes de sus atracciones y gravitación.

Rechazad todas esas fórmulas ó rituales que ha creado la codicia y miseria de los hombres, en la que se pinta á ese sér sublime y lleno de grandezas tan pobre, pequeño, y poseido de odios, como pobres son las concepciones de aquellos despreciables fariseos.

Arrojad los ídolos de barro levantados en ridículos altares, todo lo que ofende al espíritu moderno.

Barred esos templos de explotaciones indignas y no acepteis otro que el Universo, ni mas sacerdote que vuestras conciencias, y en la escala de las infinitas moradas de que habla Jesús, en mundos superiores hallareis en ellas la historia de vuestro propio progreso, que esa misma conciencia irá estudiando.

Yo dejo mi estado errático, para seguir mi camino constante y progresivo, como lo seguireis vosotros y todos . . . sin dejar uno solo de estar comprendido en esa ley divina, *allí* . . . en el etereo espacio nos encontraremos para entonar el gloria al Rey de los Reyes y Señor del Universo.

Adios hijos amados

Aua.

Largo rato continuaron los cuatro hermanos en el mayor silencio, recogido su espíritu para dar gracias al señor por sus bondades.

Al fin sintiéronse en el salón cuatro besos amorosos que fueron á unirse en el etereo espacio entre las ondas sonoras, en sus armoniosas ondulaciones perdiéndose en el infinito.





EPILOGO

UN año despues de tan infausta noche, en que se unian Emma é Irene con sus amados esposos, llamaba la atención de todo el mundo una magnífica carretela tirada por cuatro briosos caballos.

En ella iban dos elegantes damas y sus esposos, y aquellos cuatro semblantes manifestaban un deleite sin igual.

Eran nuestras heroínas, acompañadas de Angel y Luis, en cuyos corazones volvian á renacer los sentimientos de caridad, despues de haber pagado su tributo al orgullo humano.

Y en ese día, triste contraste, se vendia por las ca-

lles la vista de la causa y fallo del tribunal sobre el crimen Keffel.

Manolo y Carranza eran sentenciados á cadena perpétua, gracias á la intercesión de Emma.

Hay quien cree que la justicia humana fué algo dura con Carranza, pero al fin aquel espíritu pecador requería de la celda para reaccionar sobre su pasado en los tristes momentos de su aislamiento.

En cuanto á Luis, aquel desgraciado, fué puesto en libertad á los pocos dias de su prisión, por no resultar nada contra él; mas colocado en el pendiente plano del vicio, murió un dia en una riña y á manos de otro asesino en aquellas casas, donde desde su niñez se cobijaba.

Poco tiempo despues supo Irene por la embajada Rusa que habia muerto su padre sin testar, dejándola heredera de una gran fortuna.

Para terminar recordaremos un otro personaje, padre de Angel, del que no se tuvo noticia alguna desde su despedida en Baden.

Sin embargo, Angela la directora de una casa de juego, que habia abandonado aquel negocio, decia á Irene en una de sus últimas cartas que creía se habia retirado á un convento.

Angel en fin formó una sociedad destinada á proteger á los niños desvalidos, de la que era presidenta Emma, vice Irene, tesorero Angel y protesorero Luis, destinando los dos tercios de su fortuna á un fin tan

grande, recordando lo que en una noche feliz les dijo su virtuosa madre.



Hé aquí lector la historia de tan queridas personas en la que hallarás reasumida una doctrina grande y consoladora que es LA DOCTRINA DE LA VERDAD.



